

# CENIT

sociología  
ciencia - literatura



Editorial.

Ramón Liarte: Ni reino ni profetas.

León Gerbe: El temple rebelde del pintor Courbet.

M. Celma: Camus el grande.

Victor García: Miguel Campuzano.

Eugen Relgis: La voz de Juan de Mairena. Preliminar a una trilogía de novelas.

V. M.: La vida y los libros.

Floreál Ocaña: La voluntad libertaria.

Pedro Kropotkin: Bakunin.

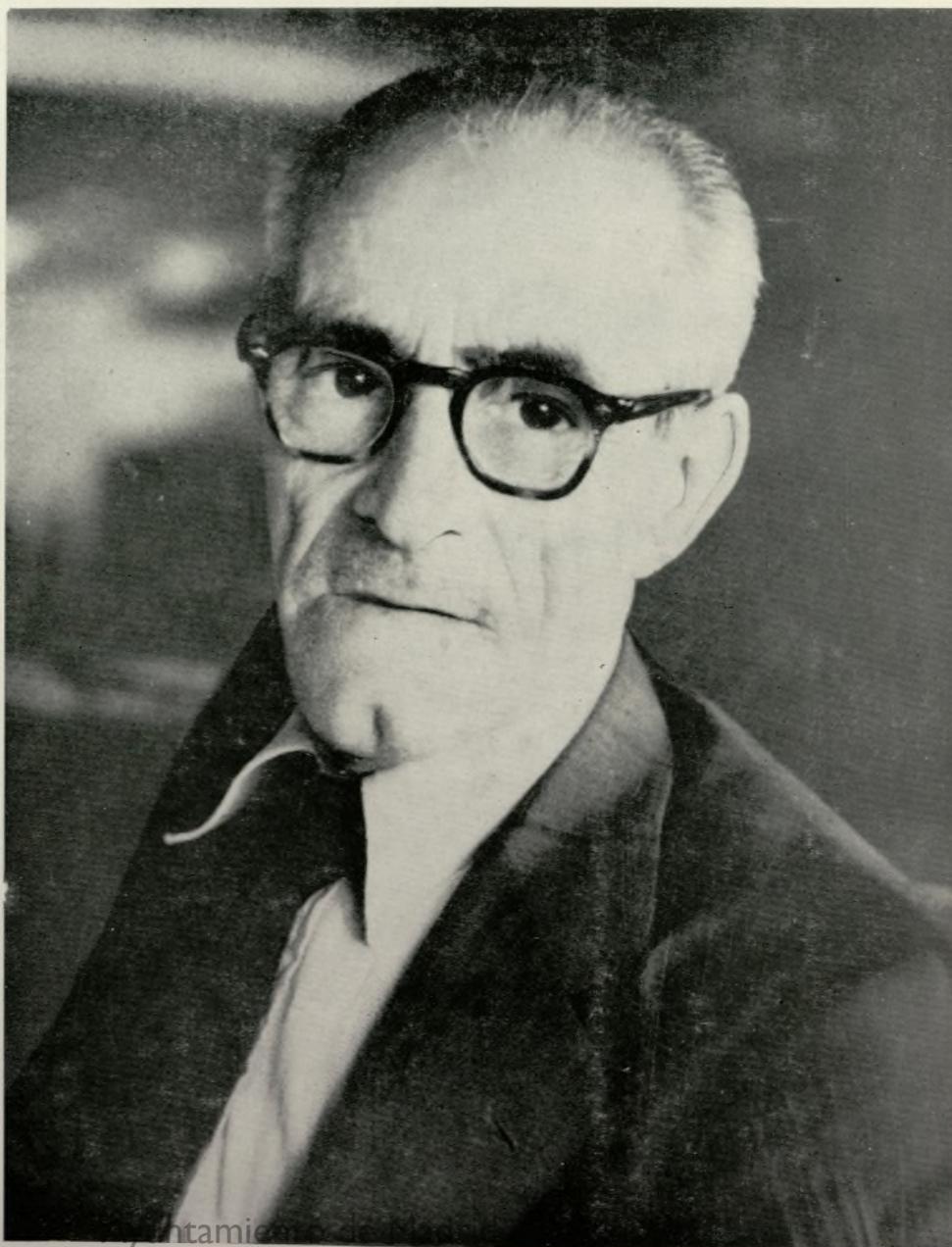
Miguel Servet.

# 173

Noviembre - Diciembre 1966

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,50 F.



## NUESTRA PORTADA

**S**E ha dicho que lo mismo que el sacerdote es el proletario del clero — el pobre de la casa, como diríamos en cualquier pueblo — en los intelectuales es el maestro. Es más, hasta se le discute su calidad intelectual.

Ver como hacia el maestro se ejerce un desprecio casi general es desolador. Sin embargo, habrá que admitir formal y seriamente que el maestro de escuela viene en segundo lugar, después de los padres y antes que el periodista, cual arquitecto de ese hermoso edificio, a veces tan malogrado, como es el niño. El maestro es el primer modelador de su alma, su enseñanza, sus palabras, su carácter, será o no admitido por el niño, pero aún rechazado, éste guardará grabado en su mente el primer paso dado en el mundo de la enseñanza, paso dado de la mano del maestro.

Y Campuzano ha sido uno de estos modeladores. Maestro racionalista, sin la criminal guerra que todo lo hundió, con seguridad que ahora no solamente elogiáramos su obra sino que conoceríamos toda una pléyade de hombres que vendrían con sus firmas y desde sus puestos racionalistas como él a decirnos: gracias a la pedagogía y esfuerzo de Francisco Ferrer Guardia, continuada por Campuzano y demás maestros que le siguieron, nos encontramos en primera fila practicando la enseñanza total, es decir, la que rompe lanzas contra todas las falsas teorías, contra las injusticias, contra las desigualdades, contra las nefastas leyendas, contra los dogmas.

Y, no cabe duda, a la cabeza de ellos, o entre los más tenaces, serenos y compenetrados con la pedagogía moderna y con el niño, se encontraría el compañero Campuzano. La guerra lo desbarató todo. De maestro de niños se convirtió en hombre proscrito con todas sus dificultades.

Por eso, en la galería de hombres que CENIT ofrece no podía faltar este insigne maestro racionalista, compañero de los trabajadores, hombre anarquista, todo un anarquista y todo un hombre. Nada menos.

# CENIT

REVISTA BIMESTRAL  
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny y Ramón Liarte

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esglesas, Renée Lamberet, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Víctor García, J. Guerrero, Severino Campos.

Suscripción anual:

Francia .....	9,00
Exterior .....	11,00
Precio de un ejemplar suelto .....	1,50

Giros Michel Celma, C.C.P. 952-38  
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

Ayuntamiento de Madrid

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

# CENIT

★ REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA ★

Año XVI

Toulouse, Noviembre - Diciembre de 1966

N.º 173

## EDITORIAL

# LA CLASE OBRERA ANTE SU DESTINO

**T**ODA fuerza consciente se manifiesta y acredita por sus obras. Retroceder lo andado, guiados por el vicio de andar y más andar para no ir a ninguna parte, es falta de consecuencia, cuando no de sentido común. El pasado pertenece a la historia antigua. Es el presente hijo de la vida que se hace cada día.

Un porvenir cargado de responsabilidades se ofrece al movimiento obrero hispano. De ahí que la unión sindical sea una necesidad de hoy y de mañana. Trabajo cohesionado que nadie debe eludir. Todo intento de fraccionar y dividir a la clase obrera es mezquino y condenable. La valoración de un movimiento obrero moderno, fiel a las respectivas doctrinas de emancipación social y humana, apoyado en todo lo que representa el ayer honroso, articulando la acción de los trabajadores para conquistar un puesto en la vida, tales son los imperativos de la hora actual.

Somos anarcosindicalistas. Si queremos el anarquismo en el movimiento obrero es porque propiciamos la acción conjugada, es decir, la lucha de clases, abierta y decidida para conseguir los objetivos del sindicalismo independiente y revolucionario. No hacemos del tiempo una religión, sino un elemento al servicio del progreso general. No creemos en un futuro milenio lleno de deliquios. Los hombres nacen, crecen y mueren. Y en todas las épocas tendrán que luchar por la perfección y la justicia. Si admitimos que el hombre de carne y hueso es de por sí imperfecto, nunca llegará a la perfección. Y si a ese ciclo llegase, nuestra misión de pioneros del derecho habría terminado. Pero hemos de trabajar hoy, mañana y siempre. Lo que hay más allá del progreso, progreso y vida es.

Por ser revolucionario creemos en un perfeccio-

social. El camino trazado por la inteligencia no namiento que regula y embellece las relaciones termina nunca. La lucha contra toda imposición, contra todo límite autoritario, es para nosotros el contenido esencial de nuestro combate moral y renovador. La teología descansa en lo inmutable y engendra el despotismo. Luchamos en todo momento por un desenvolvimiento ulterior. Nos rebelamos cuando vemos al hombre atado a la llamada infalibilidad del Estado que anula toda personalidad e impide el resurgir venturoso de nuevas creaciones libres.

Propiciamos una organización moderna del esfuerzo. Nos guía el propósito de administrar todas las energías puestas en juego. Consideramos que la multiplicidad ordenadora y armónica de los resortes técnicos y de los valores humanos puede superar con creces al gregarismo uniformista y totalitario. Hondos de cimientos, altos de techo, abiertos de par en par a las corrientes purificadoras de la vida, queremos mirar hacia el futuro orillando lo que en el pasado pudo separarnos de nuestros iguales. Y es que entendemos, por algo somos sindicalistas revolucionarios, que es ésta la mejor manera de construir la gran ruta abierta a una mayor comprensión de los asuntos comunes que, unidos, debemos resolver.

Necesario es que la clase obrera se encare con su propio destino. Que sea cada día menos política y más social y sindicalista. No hay que perderse haciendo retoques cuando el viejo castillo del capital se bambolea. ¿Revolucionarios? A demostrarlo tocan. ¿De qué manera? Construyendo la nueva morada social, el palacio del trabajo y la inteligencia, en cuyo espacio limpio y claro tengan cabida todos los hombres que son útiles de una manera u

otra al Renacimiento de las artes, a la unidad de los trabajadores, a la felicidad de la vida redimida de la esclavitud. El pueblo es la parte activa de la sociedad. El sindicalismo es la vida sana del esfuerzo. La idea de la justicia es la doctrina del trabajo organizado que anhela edificar un mundo mejor.

Se ha derramado mucha sangre en la lucha por la emancipación social para que los oportunistas de todos los barrancales vuelvan a especular en torno a nuestra obra solidaria. Los trabajadores deben saber elegir entre los suyos y sus enemigos descarados o encubiertos. El oportunismo político cambia de chaqueta y se vuelve sindicalista para no perder el tren que sale de la estación del progreso creciente. No podemos dar carta de naturaleza social a quienes buscan un solo objetivo: sembrar la desunión en el campo del trabajo, creando más organizaciones artificiales que gusanos tiene un estercolero.

Hay que ser consecuentes aunque no lo sean los demás. Quienes esperan nuevas oportunidades para especular con la fuerza y el crédito moral del movimiento obrero hispano, pierden el tiempo lastimosamente. La historia de los aventureros que se sitúan cerca de las prebendas, no puede ni debe repetirse. No basta montar una organización sindical que cabe en un seminario. Lo esencial es echar raíces en la entraña del trabajo. Hacer labor efectiva que redunde en beneficio de la clase obrera.

La obra clandestina, callada y silenciosa que estamos levantando rodeados de obstáculos y dificultades, debe ser cimentada de tal manera que, el enemigo no pueda hacer grietas en nuestros muros ni debilitar posiciones que deben ser firmes defendiendo la justeza de nuestros postulados.

Se ha pretendido dividirnos, hasta el punto de negar nuestra influencia orgánica y moral sobre el pueblo, al que no podemos hablar como quisiéramos, libremente. Se nos ha negado el pan, la sal, el aceite y la llama, para vencernos por aburrimiento y desesperación. Se han lanzado calumnias y mentiras en todas las direcciones; pero al fin de cuentas cada uno ha quedado en su lugar. ¿Cuáles son los resultados obtenidos?

Conscientes de su fracaso, nuestros detractores confabulados, ahora buscan la manera de hacer triunfar una nueva maniobra. Tratan de hacernos creer que son más partidarios de la unidad de la clase obrera que todos nosotros juntos. Y tenaces en sus ambiciones inconfesables buscan la unión por la base, por la cúspide y el rellano. Hemos de decir la verdad cueste lo que cueste y no jugar al engaño en ningún momento. Formalidad y consecuencia no excluyen firmeza de ideas y reciedumbre en las posiciones adoptadas responsablemente.

Estamos firmemente persuadidos de la exactitud moral de nuestra lucha. Los que han insultado y expoliado a la clase obrera, por arte de magia, no pueden ser sus representantes ni sentarse a nuestra mesa austera. Quien desee hacer lo contrario puede hacer de su capa un sayo. Nosotros no queremos integrar banderas ni unir lo imposible con lo posible, lo bueno con lo averiado. Queremos salvar la parte sana de la gangrena y la peste. Hay que actuar con energía y valor. Tomar otra actitud sería fatal para los altos valores morales que representamos. Esto es lo que nos enseñan los hechos y lo que no deberíamos olvidar nunca. Nosotros estamos dispuestos a examinar toda idea aceptable y a respetarla. Todo lo que surja de una trayectoria honrada y bien definida nos parece bueno; pero no se nos puede exigir que nos confundamos con el primer advenedizo que nos lance proyectos de dispersión para meternos los diablos en las tripas.

La C. N. T. se ha distinguido siempre por tres cosas principales: lealtad, sinceridad y consecuencia. Los amigos saben perfectamente que no engañamos en ningún momento; los enemigos, también. Somos anarcosindicalistas, es decir, sindicalistas revolucionarios; queremos la unión de la clase obrera. Vamos hacia objetivos y finalidades que no podemos negar. No queremos imponernos; no toleraremos imposiciones. En el camino de la lucha por la dignidad del hombre y la emancipación de la clase obrera nos encontrarán trabajando todos los que verdaderamente quieran hacer una transformación a fondo de la sociedad de clases por una sociedad de hombres libres e iguales, así en el esfuerzo como en los resultados obtenidos.

---

## PUEBLOS

Un hombre dijo a un rebaño de carneros:

— Debéis quererme, pues he afilado con arte el cuchillo que ha de degollaros. Aclamad pues a vuestro bienhechor.

Al oír esto los carneros balaron en conjunto. Pero no pude adivinar si el balido significaba una aprobación. Ya que el balido de los rebaños y de los pueblos aclama siempre a los matarifes que afilan los cuchillos. Sin embargo, a veces su sentido es oscuro, equívoco y estremecido. Afirman algunos que la voz del pueblo es la voz de los dioses. Tal vez tienen razón y — hasta que un sacerdote o un orador los traduzca de modo que complazca a los tiranos —, el rugido del trueno, el vuelo de los pájaros, el balido de los carneros y los gritos discordes del pueblo no significarán absolutamente nada.

(Trad. V. M.)

HAN RYNER

# Ni reino ni profetas

por RAMON LIARTE

**D**ICESE que Joseph Smith, fundador del mormonismo, tuvo necesidad de un ángel para que le enseñase el sitio donde estaba escondido el libro Mormón, que, como es sabido, fue escrito en hojas de oro, pero en un idioma y con una letra que Smith no sabía leer. A la divina providencia no se le escapa el menor detalle, y habiendo previsto la dificultad puso, junto al libro, unas gafas con cristales de diamantes biselados, de tal manera que, el profeta sólo con ponérselas sobre la nariz podía traducir el libro al inglés. Pero el libro de las hojas de oro, una vez que Smith terminó su trabajo fue devuelto al cielo por el ángel guardián. Los santos de los mormones encontraban esta explicación completamente natural, y nosotros tendremos que contentarnos con la narración, ya que en los dominios de la fe todas las aventuras son posibles y **hacederas**.

Antes y después de Smith se han contado muchas fantasías. Se nos ha dicho que debemos **pensar por categorías**, que el espíritu absoluto es el dios de la creación flotando encima del agua. El mito de las misiones históricas ha venido haciendo verdaderos estragos. Con ideas así no hay que romperse la cabeza pensando y discuriendo. Desde el **idealismo absoluto**, hasta llegar a la idea de un dios durmiente sumido en el sueño profundo de los siglos, todo se ha venido explicando como lo más fácil y natural del mundo; y hay en alguna de estas ideas cierto encanto adolescente y un sentido de belleza que apasiona y deleita. Pero una cosa es la fe y otra la razón. Conveniente será, pues, razonar en torno a ideas y objetivos que sean para el hombre no una revelación, sino mensaje de estímulo y aliento. Las cosas y los hechos no son tan sencillas como a primera vista aparecen. Todo evoluciona lenta y gradualmente y no hay absolutamente nada que consiga alcanzar el estado supremo de la perfección.

El anarquismo no es como afirman sus detractores, un dogma cerrado a la rosa de los vientos; ni cerrado ni de ninguna manera; es una experiencia abierta al progreso revolucionario y transformador. Quiere una sociedad mejor y propone métodos **hacederos** para lograrla. Sabe que la doctrina no es un regalo providencial y que el hombre tiene que hacerse cada día para perfeccionar su existencia.

Hay que acabar con la manía de las frases hechas. Debemos oponernos a los conceptos **lapidarios** que suenan a batallas al estilo de las Termópilas, Sagunto y Numancia. Tenemos unas ideas y éstas

han de servirnos de brújula, dándonos la seguridad de que nos encontramos en movimiento y que avanzamos hacia nuevas etapas de justicia. De ahí que nuestra propaganda deba estar orientada en todo momento por la claridad de los vocablos y el humanismo de las concepciones que sentimos.

Somos verbo y carne del pueblo. Militantes infatigables de un movimiento de apoyo mutuo. El pueblo no es nunca una abstracción; es una realidad viva endurecida en la geografía, escrita en la historia. El pueblo es la sociedad, el trabajo y la vida. Los que creyendo servir al pueblo se han apartado de él, deben volver al punto de partida. Preferible es reorientarse que suicidarse. Después de la escisión de la Primera Internacional, el socialismo parlamentario y estatal se ha confundido con el poder político dando vida a Estados de tipo totalitario o reforzando los viejos engranajes de la socialdemocracia capitalista. Se ha distribuido la piel del oso que todavía está libre en el bosque de la autocracia nacionalista. Se ha pretendido hacernos creer que, forjando una nueva forma de Estado, éste iría a parar al museo de antigüedades como el viejo telar de Penélope. Y lo curioso del caso es, que los militantes revolucionarios partidarios del Estado proletario, como los santos de los antiguos mormones, creen en las **fatalidades históricas** como si fuesen verdades indiscutibles y eternas.

No puedo soportar ninguna clase de aristocracia porque siempre acaban incubando nuevas clases fomentadoras de nuevos privilegios. Ya la concepción principesca romana decía despreciativamente: «Todo para el pueblo, pero sin el pueblo.» Los años negros del natalicio totalitario fueron más espinosos. Lenin y Zinoviev concretaron su pensamiento de esta manera al echar los cimientos de la Internacional Roja: «Todo por el Estado, nada al margen o contra el Estado.» Y la experiencia no ha podido ser más aterradora. Ahora se dice que todo aquello pertenece al pasado. Lo que hace pensar en la sentencia de Jan Valtin: «La noche quedó atrás.» Sigo de cerca lo que se ha dado en llamar evolución del comunismo internacional, y hasta leo, cuando se dejan leer, los papeles desdeñados de los comunistas españoles. En ellos encuentro las mismas frases, las mismas caras, las mismas cosas. Hay una falta de originalidad insoportable y una pedantería tradicionalista sin freno. Indudablemente, algo queda atrás. Todo pasa si lo nuevo viene. Pero quedó atrás un pasado horrible que no se borra. Yo no sé si será verdad o no eso que dice: «De

los arrepentidos es el reino de los cielos.» Aquí sobran los arrepentidos y faltan los convencidos.

El movimiento obrero y revolucionario internacional ha de estar persuadido de una idea vital: el pueblo vale más que el Estado y lo que importa es la victoria de aquél en detrimento de éste. No vanamente los libertarios volvemos a manifestar con acento seguro y firme, que es voz de razón: «Todo para el pueblo y por el pueblo.» No se puede luchar por la emancipación del pueblo y despreciarlo por que lleva las manos sucias de tanto trabajar por los demás. Quien avanza hacia la libertad debe estar convencido de una idea esencial: en el camino de la justicia no puede haber ninguna meta absoluta. Si tal cosa desconocemos es que no hemos aprendido nada de la lucha social. Si por haber alcanzado un objetivo creemos haberlo encontrado todo, nos convertimos en enemigos declarados de la revolución.

Hemos sido y debemos ser en todo momento partidarios de la dependencia recíproca entre los hombres. Hemos de cumplir con nuestros deberes, llenar nuestras obligaciones, en el caso en que no lo hagan los demás. Esta ha sido siempre nuestra fuerza de proyección. Representamos un movimiento de raíz y esencia populares. Formamos parte de las organizaciones del trabajo, a las que queremos modelar de acuerdo con la concepción más amplia del pensamiento libre. Ni por asomo hemos creído en la lucha revolucionaria, en la acción política al margen y contra el pueblo. Y es que estamos convencidos de una tesis que deberían saberse de memoria todos cuantos dicen ser partidarios de la libertad: no creemos que se pueda dictaminar desde el poder la manumisión de los desheredados; no intuimos que la cultura se fabrique por decretos; no admitimos que el hombre pase a ser juguete y pelele de la ley dictada por el más fuerte.

¿Qué objetivo perseguimos?

Queremos construir una nueva sociedad, un mundo nuevo, yendo de los acontecimientos experimentales a la ciencia probada y demostrada. Quien no haya asimilado esta lógica social y obrera es porque se empeña en no comprender nada de lo que le rodea. Los conceptos cerrados, absolutos, desembocan en el despotismo. Lo que forma la razón de ser del sindicalismo revolucionario militante es su voluntad de incitar al pueblo a un trabajo creador y eficaz. No promete paraísos, no ofrece lo que no puede dar. Le dice al hombre que tiene necesidad de levantarse para caminar. Habla al pueblo con el léxico de la confianza puesto en su propio destino para decirle: O te salvas tú o no te salva nadie. Lo que quiere decir, que no debemos confiar poderes a manos ajenas ni apoderarnos de lo que pertenece a la comunidad. Crear las condiciones de vida dentro de una comunidad libre donde los hombres dejen de estar sometidos a una tutela exterior, tal debe ser la divisa que nos sirva de norte orientador en todo momento.

No hay trabajo que sea definitivo. Toda obra puede ser mejorada. Por acertados que estemos en nuestros vaticinios, por bien que llevemos a cabo los quehaceres diarios, siempre cometeremos yerros.

Es propio de hombres incurrir en equivocaciones. Lo importante es estar dispuestos a rectificar cuando reconozcamos nuestro error. Y decisivo es mantener las posiciones con energía si la verdad nos demuestra que hemos trabajado con verdadera inteligencia.

Algo hay peor que el fracaso: No hacer nada por miedo a fracasar. Lo que no admite disculpa es la desgana. Hay que rebelarse contra el no hacer y el no dejar hacer. Debemos ser activos en nuestros planes, emprendedores y objetivos. Y sobre todo, constantes. Lo que se inicia bien debe acabarse mejor aún. Si todo puede ser mejorado o empeorado, como no hay duda, la síntesis ha de ser provechosa. Ya es más que sabido que la apatía es estéril. Por el contrario, la acción es hija de la virilidad. Existe en la prueba el poder del conocimiento; es la conclusión de la experiencia. Probar es valorar. Y nuestro valor social y humano reside en la base experimental de cada día.

Se equivoca quien medita y calcula; pero calculando bien y meditando con alteza de miras se enderezan los errores y se trazan planes felices. Tropezar quien avanza, no quien se tumba en la cuneta del camino. Va hacia la luz el que huye de las tinieblas. Por eso el luchador desinteresado no se pierde nunca, ni aun cuando se equivoque.

Sí, la noche quedó atrás...

Los decepcionados de todos los puertos, desde el konsomol arrepentido hasta el tecnócrata que se ha apoderado de la revolución traicionada, miran el nuevo día con impaciencia. Nadie quiere admitir la derrota completa. Nosotros somos la esperanza del amanecer que se dibuja en el horizonte. No hablemos de los fracasos ajenos más que para sacar lecciones. Hablemos, y en alta voz, de lo que todos podemos hacer. Las huellas de la libertad son hondadas. La mentira es destruida por la acción razonada. Con la razón no puede nadie fracasar. Contra ésta se estrellan todas las maquinaciones.

El libro de las hojas de oro ha desaparecido por encanto. Nos hemos quedado solos con el gran libro de la vida. Carlos Marx, como Joseph Smith, han equivocado a quienes creyeron en sus profecías. El reino de la profecía ha terminado. El cristo es un mito. La concepción de la idea absoluta una barbaridad. Del partido único y la línea exacta ya no hablan ni los sargentos fracasados de la revolución. ¿Qué queda de la noche perdida entre el cero y el infinito? Queda el hombre creador de ideas; el socialismo con libertad que no ofrece cielos ni levanta cadalsos, pero que presenta soluciones. El socialismo llamado científico no lo era porque ignoró los factores determinantes de la evolución, la fuerza moral del apoyo y las reservas misteriosas de la naturaleza íntima de la vida visible e invisible. La profecía fue elevada a la categoría de dogma y la razón, a la vuelta de los años, pudo más que la dialéctica.

No se trata de pensar por categorías. Piensan los hombres cuanto más hombres y libres son. La filosofía metafísica de Hegel se ha hundido en la nada. No se salva tampoco el concepto materialista de la

# El temple rebelde del pintor Courbet

por LEON GERBE

**G**USTAVO COURBET, hijo de campesinos acomodados de Ornans, localidad situada en el departamento del Doubs, nació el 10 de junio de 1819. Fue refractario al estudio y no obstante frecuentó el pequeño instituto de la localidad, donde un profesor ya de edad avanzada, discípulo de Gros, le enseñó el dibujo. También entonces su abuelo, el bonachón de Oudot, ferviente jacobino cuya divisa era: «¡Grita fuerte y sigue adelante!», se encargó de formarle un carácter viril e inculcarle principios republicanos. Hasta la edad de dieciocho años, Courbet estuvo por el valle de la Loue, alternando sus quehaceres entre las tareas campesinas y los estudios, bastante desordenados. Luego se fue al Colegio Real de Besançon, marchando después a París. Mas, una vez llegado a la capital, en lugar de proseguir sus estudios de Derecho, envió una firme advertencia a sus padres aduciendo que «sería pintor y no otra cosa».

Estudiante pobre, Gustavo Courbet tuvo que conformarse, durante mucho tiempo, con hacer una sola comida al día, teniendo alquilada una reducida habitación de hotel. Frecuentaba estudios de pintores, visitando, sobre todo, el museo del Louvre, fijando su atención y haciendo copia de los pintores primitivos, y de los maestros de la escuela flamenca, de la holandesa y de la española. La pintura religiosa de la escuela italiana, no conseguía atraer a un artista como él, apasionado de la vida, de lo real, que manifestaba: «Jamás he visto hombre alguno que llevara alas; por consiguiente: nunca pintaré un ángel.»

## NI REINO NI PROFETAS

historia. ¿Qué importa todo esto si se ha salvado el hombre?

El Mesías revolucionario no tiene ya cometido alguno a cumplir. Quiso separar la idea humanista de la revolución y ha sido devorado por el mecenazgo de los fines. Prescindamos de reinos y superelegidos. Necesario es acabar con el proceso de la revolución frustrada para iniciar un nuevo contrato: el de los hombres que quieren vivir gozando y disfrutando la libertad más allá del dominio del espacio porque quiere ser sentido y pensamiento del tiempo, que es vida.

En 1842 Courbet, habiendo alquilado un estudio, pintó sus primeras telas: «Courbet con un perro negro», «El guitarrista», «Un hombre herido», «Los amantes en el campo», en los que su naciente realismo no había llegado todavía a desprenderse de las tendencias románticas de la época. Su producción pasó desapercibida hasta que en 1887, pretendiendo exponer en el Salón de París, a donde llevó tres cuadros: «Urbain Cuenot», «El Violoncelista», y el «Hombre fumando en pipa», sus obras fueron rechazadas. También alcanzaron la misma suerte los cuadros de Daumier, Decamps, Delacroix, y Teodoro Rousseau. Tal medida les indignó, y entonces tomaron la iniciativa de crear el primer Salón de los Independientes.

Durante la revolución del 1848, Courbet, cuyo federalismo se había consolidado más ante la ruda realidad social que ofrecía la vida parisina, envió algunos dibujos al periódico «Salut Public», destacando uno de ellos en que se representaba el asalto a una barricada por los insurgentes. Ya tiempo después hizo un viaje a Holanda para estudiar las obras de los maestros que tan bien han sabido reflejar el realismo del vivir cotidiano. Este viaje fue fructuoso. En el Salón de 1849 Courbet expuso: «La vendimia en Ornans», «La Vallée de la Louve», «Los de la comuna de Chassagne», «Marc Trapadoux», «El Hombre del cinturón de cuero», y sobre todo, el célebre cuadro «Sobremesa en Ornans», que recuerda los interiores rústicos de Le Nain, evidenciando con ello estar ya liberado de la influencia del romanticismo, para entrar en un realismo sincero, equilibrado, que ya en adelante fue la característica suya. Esta tela, en la que ha representado, en torno a una mesa de hogar campesino, a unos aldeanos escuchando a un violinista, alcanzó profusión de comentarios favorables, siendo adquirida por el Estado.

Tras del éxito obtenido, Courbet se instaló en Ornans, transformando en taller el granero de su abuelo Oudot. Su estancia en el pueblo, dominado por el deseo de ofrecer una fiel representación de la vida provinciana, sustituyendo las ficciones por la realidad, dio por resultado el que hiciera tres obras maestras: «Un entierro en Ornans», «Los campesinos de Flagey regresando de la feria», y «Los Picapedreros». Habiendo sido enviados dichos cuadros al Salón de París de 1850-1851, fueron motivo de escándalo, tildando a su autor de no hacer más que obra horrible, o trivial. Courbet fue despectiva-

mente calificado de «pintor de letreros». Todo ello motivó el que adquiriera celebridad. «¡Grita fuerte y mantente firme!» decíale constantemente el bueno de su abuelo Oudot, entusiasmado por el promovido alboroto. En cuanto al padre del pintor, también apasionado, no hubiera vacilado en vender sus campos y sus viñedos para ayudar en su lucha al joven pintor.

«El Entierro de Ornans», con su cementerio bajo un cielo triste, con una cincuentena de personajes, apiñados ante la abierta fosa, es de un intenso realismo, constituyendo sorprendente galería de retratos, donde las características de los campesinos se evidencian con extraordinario relieve. «El Estañador», «Los afiladores», «La Hilandera» y, sobre todo, «Los Picapedreros», del Museo de Dresde, calificados de «inmundos» por los aristócratas, se cuentan entre las primeras obras pictóricas en las que prepondera un sentimiento justo de lo que es el trabajo, una perfecta comprensión y simpatía para con los trabajadores. No diremos, como decía Proudhon, llevado de su entusiasmo: «Courbet, pintor humanitario, considerando el derecho al trabajo y los derechos del trabajador, ha anunciado con ello el fin del capitalismo y la soberanía de los productores.» Nosotros vemos en él al primer artista que se situó valerosamente del lado del proletariado. Supo ilustrar, de un modo patético, la vida precaria de los trabajadores, como en «Los Picapedreros», la fatalidad de una existencia, la conclusión de una vida de trabajo mal retribuida», como escribió Proudhon. Y sino llegó a mostrar, como le pedía el gran pensador citado, en lo relativo al obrero, «su belleza viril y su dignidad inteligente», por lo menos alcanzó Courbet a enseñar magníficamente el camino de ello.

Después de sus cuadros de carácter social, pintó «Las Señoritas de la Aldea», que provocaron la hilaridad, luego unas corpulentas «Bañistas» desnudas, que motivaron gran escándalo. En la Exposición Universal de 1855, habiendo el jurado rehusado «El Entierro de Ornans» y el célebre «Taller de Pintor», Courbet abrió una exposición particular, situada en una barraca, y en los Campos Elíseos, de París. Una tan audaz iniciativa fue considerada anárquica. El pintor de Ornans respondió con orgullo a sus detractores: «Jamás trataré de vivir del favor de los gobernantes. Es al público a quien me dirijo, el cual, si gusta de ver mis pinturas, sabrá retribuir su placer.» Su exposición tuvo un gran éxito, en particular su «Taller de Pintor», donde él

se halla representado, una mujer de espléndida desnudez junto a él, luego sus amigos: Proudhon, Baudelaire, Champfleury, y un humilde y misero conjunto humano de modelos.

Courbet, considerado desde entonces como iniciador de un estilo en pintura, abrió un taller. Dedicose entonces a pintar motivos de caza, con lo que reveló una gran maestría en reflejar los animales y los paisajes.

En 1863 ofreció su gran composición satírica: «El retorno del Sermón» o «Los curas», que tras de haber hecho un recorrido triunfal por diversas exposiciones, en Inglaterra, fue destruido el cuadro por un fanático. Son también de Courbet unas marinas de excepcional belleza, tales como «Tormenta en el Mar», y «El acantilado de Etretat».

Llegado ya a una reconocida celebridad, el maestro pintor de Ornans supo mantenerse independiente, y rehusó con dignidad la distinción de la Legión de Honor, que le ofrecía Napoleón III. Más aún: fiel a sus ideas federalistas, se sumó valerosamente a la acción revolucionaria del 1870, participando activamente en la Comuna, por cuyo motivo, se le hizo después consejo de guerra. Condenado por haber aconsejado el derribar la Columna Vendome, logró salir de Francia, refugiándose en Tour de Peilz, departamento de Vaud, en Suiza. Agotado por las vicisitudes sufridas, falleció en el destierro el 31 de diciembre de 1877.

Jules Vallés, en un artículo reivindicativo, publicado en el «Reveil», celebró su memoria en términos vehementes: «He ahí como de pintor pasó a ser un miembro de la Comuna, como el bermellón le entró en la sangre, como su sombrero se trocó en gorro de presidiario; simplemente por ser un hombre libre, honesto, tomando el camino de los que sufren, de los pobres. Quien pintó «La Hilandera», «Los Picapedreros», «El Entierro de Ornans», tenía que estar, inevitablemente, en ocasión decisiva, del lado donde está el trabajo, la miseria, el arroyo.»

Las posteridad ha realzado a Courbet, tras lo lamentable de sus días postreros. Su influencia ha llegado a dominar toda la escuela realista francesa; ella ha marcado su ascendiente artístico en talentos tan originales como los correspondientes a Manet, Renoir, Cézane, Whistler y Guillaumin. El Museo del Louvre posee una importante colección de obras del gran artista de Ornans, que, junto con Daumier, representa un firme temperamento revolucionario y un gran artista.

(Trad. Fontaura.)



## FILTRO DE IDEAS

# CAMUS, EL GRANDE

por M. CELMA

**E**l día 4 de enero de 1960, a consecuencia de un accidente de la circulación ocurrido cerca de Montereau, moría Albert Camus Síntés. Tenía 47 años.

Pocos días después se presentó en mi domicilio un hombre para solicitarme, en nombre de cierta asociación, un comentario, amplio y lo más completo posible, sobre la obra de Camus.

Por razones diversas, entre las que la envergadura de la tarea no fue la que menos contó, decliné la solicitud. No estaba entonces preparado ni había leído a Camus con la atención que requiere un comentario de la talla que se me pedía. ¿Lo estoy acaso hoy? ¿Quién va a estar preparado para comentar a Camus, cuando éste estudia en su obra a los pensadores más ilustres de todos los tiempos, las civilizaciones que más legado han dejado a la humanidad, desde la de Egipto a la de Grecia, desde la de Roma a la actual? ¿Cómo poder comentar a Camus sin antes estudiar a Barbusse y a Balzac, a Bernanos y a Bakunin, a Beaudelaire y a Bossuet, a Calderón y a Cervantes... y como éstos cien más entre los que citaremos: Cromwell, Chamfort, Claudel, Cicerón, Dostoiewski, Defoe, Epicuro, Espinoza, Esquilo, Escipión, Faulkner, Giraudoux, Goethe, Guillén de Castro, Hugo; y Hemingway, del cual dice, y yo me alegro de ello, que «daría cien Hemingways por un Stendhal, etc. ¿Cómo atreverse con el hombre Camus, que además de participar personalmente en el ajetreo de su época, cual un verdadero «engagé», ha sabido opinar sobre temas tan importantes y tan escabrosos como son el amor, la dictadura, el crimen — en sus diversos aspectos legales y extralegales —, la idea de culpabilidad en el individuo y la parte que a la sociedad corresponde?

Camus — Camus el Grande — no puede, no debe analizarse a la ligera ni fragmentariamente, y en este caso se necesita tiempo, mucho tiempo, para que en el juicio no se peque de muy injusto. Por eso yo, que no he dispuesto más que de unos minutos por día, y no todos los días, para dedicarme a la lectura, he necesitado meses y años y un período de hospitalización antes de poder escribir una palabra sobre Albert Camus. Hoy empiezo, y a decir verdad, a pesar de que lo he hecho con toda mi paciencia y mi fe, no estoy seguro de que lo más esencial de Camus no se me pierda entre los centenares de notas, acotaciones y subrayados que he recogido sobre el particular. Sencillamente, se ne-

cesitaria ser otro Camus para poder hablar de Camus con solvencia. Este aspecto debía señalarse sin tardar para que sirva de disculpa mía ante el lector, que con razón viese en mis comentarios despropósitos — que sin duda no faltarán, aunque muy involuntariamente dichos —, algún olvido significativo, sinrazones, interpretaciones y falsías que pudieran aparecer, pues de todo corazón adelanto que tan sólo puede ocurrir por incapacidad, jamás intencionadamente.

Hay para temblar ante Camus cuando se sabe que éste se mete y penetra en todas las teorías filosóficas, ideas sociales, conceptos de política, corrientes literarias, etc.

Hay que enjuagarse la boca veinte veces antes de lanzar una palabra sobre el hombre que tan concienzuda y contundentemente se ha pronunciado sobre la metafísica y la teología, sobre el concepto Dios como sobre la condición de extranjero, de exilado, en la que vive y se desvive el hombre en nuestra época.

En cuanto a España, bien podemos afirmar que en adelante, patriotismos aparte, no podrá hablarse nunca de nuestro pueblo sin que se haga mención a Albert Camus, ya que hay que reconocer en Camus el mejor de entre la media docena de hombres que han sabido elevar la voz y defenderlo ante la fuerza bruta de los ejércitos armados y de los políticos de profesión que lo han ultrajado.

Hablar de Camus no es fácil. Nos da a través de su obra toda una colección de siluetas, de almas, que viven y se suceden — para volver a reaparecer infinitamente — en el cerebro y en el corazón del esclavo, en el cerebro y en el corazón del hombre libre, en el cerebro y en el corazón del manso y del rebelde, del humilde y del altanero, del laborioso y del holgazán, del existencialista y del surrealista, del ateo y del creyente, del escritor y del analfabeto, del valiente y del cobarde.

Cada tema que ofrece merece años de estudio y de investigación y aun de esta manera habría que tomar precauciones para que, al explorarlas, sus ideas no quedasen desvirtuadas ni falseadas.

Enamorado de la civilización griega, de la belleza griega, del arte griego, ¿cómo deambular sobre este terreno sin antes leer y estudiar a los pensadores que han sabido reflejar este arte, esa belleza y aquella civilización?

La grandeza de Camus sobrepasa los límites normales de un hombre que como éste, sin riquezas y

sin salud, necesitaba dedicarse cada día, como Machado, a sudar para ganar el pan que comía y pagar el lecho en que yacía», y, sin embargo, su obra es enciclopédica, es universal, es de vanguardia y es de su tiempo. Camus no es historiador. Ya nos referiremos al concepto que le merece la historia para que se comprenda por qué no es historiador. Camus es un enamorado del teatro por lo mucho que mediante este arte se puede educar a la humanidad; y además quiere remozar y reactualizar a los trágicos griegos, inspirarse en ellos para anatematizar a los tiranos de la hora.

Habla de Calígula, y de la Peste, así, con mayúscula, porque en la peste incluye a todos los microbios pestíferos y a todos los hombres que cual monstruosos microbios provocan la muerte y el espanto alrededor suyo, un alrededor sin límites, que llega de confin a confin del planeta, y que incluso va más allá de los horizontes terrestres.

Camus nos criba la creación y separa el grano de la paja, es decir, se las arregla de forma que nos obliga a cada uno a que separemos la parte que nos corresponde. Cuando se refiere a la felicidad es para que sepamos donde está la desdicha humana; cuando nos describe las peripecias de un personaje, como por ejemplo, Paradoux, es para que veamos en él a un tipo de individuos que forman legión en nuestros tiempos; cuando dirige sus tiros al gobierno lo hace para que la idea de gobierno quede sujeta a su justo valor y lugar. Cuando nos dibuja al hombre nos encontramos ante un mosaico de virtudes y defectos, de grandezas y de miserias, de bondadosa alma y de alma cruel, por lo que no puedes por menos que reconocerle a Camus un cerebro privilegiado; un cerebro de esos que tanto y tan directamente se acercan a dios para ayudarle en su pobreza creadora, para enmendar la página del dios de los cristianos, de cualquier dios, pues que todos han dejado cosas por hacer, cosas mal hechas, y hasta, incluso, cosas hechas con maldad.

Leyendo a Camus nos damos cuenta del papel que juega en los más graves conflictos humanos el corazón duro como la inocencia, la sensualidad como la indiferencia. De la justicia nos ofrece no pocos aspectos capaz cada uno de impedir que los hombres se conviertan en jueces ni aun para los casos más sentenciosamente justos.

A veces las reflexiones nos la da a modo de soliloquios, otras veces por medio de parábolas muy acertadas; otras creando el tipo adecuado para que a través suyo se vea un estado de alma, una reacción consciente, el gesto, la mueca, la acción, los entusiasmos, presos casi siempre del subconsciente.

Del brazo de Dostoiewski unas veces, del de Kierkegaard otras, de sus amigos y vecinos más cercanos las más, nos pasea por el mundo como Dante nos hizo pasear por el infierno.

El bien máspreciado para él es la Libertad, también con mayúscula, pero sus temas más insistentes son: la idea de la muerte, la idea de lo absurdo y la idea del absoluto.

Un mundo pasado y por venir, un mundo que no perece, encontramos en cada palabra de Camus.

Las diferentes formas de calificar una época, ya se llame cartesiana, o pascaliana, nihilista, renacentista, greco-romana o marxista-capitalista, tienen su plaza en la obra de Camus.

El odio como la amistad, el placer como los sufrimientos, la policía como los revolucionarios, el suicidio, el atentado, la mujer y el sexo, el terror como la traición, tantos aspectos de su tiempo y de todos los tiempos que en sus múltiples coloridos se ven en este inmenso laboratorio síquico como es la obra camusiana.

Epoca de violencia desenfadada la suya, a la violencia dedica muchas reflexiones, como las dedica al voluntarismo y al determinismo, a lo mucho que éste tiene del primero como a lo poco que el primero es producto del segundo. La verdad, la verdad y su antípoda la mentira, queda ora bien-trecha ora maltrecha, pero sin género de dudas nunca.

No tiene Camus ideas unilaterales. Respeta a todos, pero solamente con la porción y en la medida que cada uno se merece.

A Calígula o a Franco los enjuicia con espíritu recto y alma serena, pero en tono y con palabras diferentes a las que emplea cuando su vista se fija en los trabajadores, en los pensadores respetuosos, en los seres respetables. Ni Franco ni Calígula son seres humanos en boca de Camus. Naturalmente, el alto concepto del hombre no permite otra cosa.

He ahí, escrito a vuela pluma, un pobre e íntimo reflejo de los temas que, abusando, quizás, de las páginas de CENIT — intentaré desmenuzarlos bajo el título «Filtro de Ideas» — Camus el Grande —. Tarea que ya tenía emprendida antes del estúpido accidente que sufrí hace unos meses — aunque gracias a él, dicho sea de paso, he completado y enriquecido con nuevas reflexiones.

Con bastante optimismo, pues, pero con mucha más inquietud, me atrevo a darles publicidad, con la esperanza de que si nuevos imponderables — por ejemplo, otro automóvil que acabe con mis huesos y con mi pluma — no se interponen, al final se habrá obtenido un resultado... pasablemente soportable por los lectores.

Entre vuestra paciencia, vuestra tolerancia y mi atrevimiento habremos rendido un homenaje de honor al gran amigo de España, al gran libertario y gran pensador rebelde que fue Albert Camus Sintés.

Esta es por lo menos mi ilusión y con ella pongo punto final a estas primeras líneas con la promesa de iniciar la crítica en el próximo número de la revista.

## BIOGRAFÍAS CONFEDERALES

# MIGUEL CAMPUZANO

por VÍCTOR GARCÍA

**M**IGUEL CAMPUZANO solía decirnos que él abrazaba dos sacerdocios: el de la enseñanza y el del periodismo. El primero lo ejerció profusamente allá, en su inolvidable España y, muy efímeramente, en el exilio francés; el segundo en América, a donde fue a parar como tantos otros luchadores del antifascismo español. Esta América, que tenía que ser cabeza de puente provisional y trampolín para un próximo regreso a la piel de toro curtida para la inmensa mayoría del refugiado iluso, se ha ido convirtiendo en la piadosa y última morada de muchos de los nuestros. Después de haber regado con el sudor surcos en la Colonia del Caporal de los Indios en la Antilla dominicana; en Santo Domingo de los Colorados en el Ecuador; en Camatagua de Venezuela; en la Pampa, en la Araucanía, en el Anahuac, en el Altiplano, el refugiado español termina ofreciendo su cuerpo a la tierra, no siempre generosa, de la América Hispana, para que, a cambio de esta última contribución fertilizante, el Nuevo Mundo le permita el descanso postrero y definitivo que en vida tan difícil fuera.

Franco y los que dirigen el mundo han ido de acuerdo en cuanto a la solución del **problema del refugiado español**. Puesto que se trata de un problema generacional — los hijos de los refugiados no son refugiados, al revés de la otra gran diáspora, la israelita, en la que los descendientes permanecen judíos — ha bastado dejar transcurrir los años para que la muerte vaya eliminando el **problema**. La solución, cuando la busque el historiador del mañana, podrá deducirla visitando los cementerios del mundo. Todavía es prematuro para ello. Ahora la presencia del refugiado se ubica en el taller, en la fábrica, en la universidad, en el laboratorio, en el campo y ello en no importa qué coordinada geográfica; unos años más y las lápidas permitirán el censo...

«Hubo los refugiados españoles» citarán las generaciones más jóvenes de América. Y la mayoría de las veces lo harán con melancolía. Se acordarán de alguno de «aquellos refugiados» que tanto aportaron para ellos y su país.

Es este recuerdo el que lleva a todo el personal que trabaja en el periódico «La República», de Caracas, a los dos años casi de haber fallecido Campuzano, a desprenderse de un día de salario para unir este dinero y crear la «Biblioteca Miguel Campuzano».

A los cinco años de haberse fundado el periódico éste ya cuenta con una nómina de cinco muertos. Sin embargo hubo unanimidad en la elección del nombre y ello porque Campuzano dejó un vacío no colmado entre los compañeros de trabajo.

El exilio fue para Campuzano la línea divisoria de estos dos sacerdocios que señalábamos antes. El del periodismo, que columbra con el trofeo de «Premio Nacional del Periodismo» de Venezuela poco antes de morir, lo abraza al pasar a la orilla Poniente del Atlántico; el de la enseñanza lo abraza en España, todavía imberbe.

Hace unos cuatro años, sobre su mesa de trabajo, me señalaba emocionado un periódico que en formato tabloide se edita en Valladolid: «El Norte de Castilla». En él hay una sección titulada «Hace cincuenta años» y en la correspondiente al 30 de junio de 1962 Campuzano había subrayado, emocionado, unas líneas en negrita, tipo 8, que decían: «Hoy ha recibido el título de profesor D. Miguel Campuzano García...»

Cuando todavía no había cumplido 18 años — nació el 29 de septiembre de 1894 en Valladolid — Campuzano recibía el título de Profesor de Primera Enseñanza, Elemental y Superior. Un año más tarde, en 1913, Valladolid amanece, en la calle Santa Cla-

ra, con una escuela más, «La Ilustración». Unos pocos pupitres, la pizarra, varios mapas y algunos cuadros alegóricos forman el mobiliario y hornato de la escuela novel. Los vallisoletanos, mediante circular del 10 de septiembre, pasan a ser sabedores del acontecimiento. La circular la firma el Director de «La Ilustración»: Miguel Campuzano García.

Su mística fue menos poderosa que la hostilidad ambiental. La Iglesia rodeó a Campuzano de un valladar de enconos y finalmente nuestro maestro tuvo que cerrar. En España el decir popular de «Pasar más hambre que un maestro de escuela» tiene una fase aguda y desesperada cuando el maestro de escuela es, además, un rebelde.

Durante diez años estuvo Campuzano deambulando por las casas de enseñanza de la Península. Su rebeldía iba tomando forma porque los ideales republicanos de su padre le parecieron siempre tímidos y para una España oprimida y desangrada por las guerras de Filipinas, Cuba y Marruecos, la solución tenía que ser más drástica. Había que, además de despertar las conciencias infantiles de sus alumnos, ayudar al trabajador que, bien que voluntarioso, arrastraba una secuencia de privaciones culturales las cuales resultaban verdaderos obstáculos para los anhelos ma-

numisores del mismo. Los sindicatos de la Confederación Nacional del Trabajo le ofrecieron mayores oportunidades para su cruzada de enseñanza y, a cambio, Campuzano iba impregnándose, como esponja sedienta, de los ideales libertarios de los que ya no se apartaría más.

1924 fue un año que dejó profunda huella en nuestro hombre. En San Feliu de Guixols, Gerona, se le confía la dirección de la Escuela Racionalista de aquella inquieta localidad. En 1929 ya lo vemos en Valencia, dirigiendo «El Cabañal», otra escuela racionalista. Se convierte en ariete de la enseñanza libertaria junto con ese puñado de maestros que el anarcosindicalismo español, con preocupaciones que se proyectan siempre más allá de la mera reivindicación económica, ha mantenido siempre en sus filas y que tanta labor realizara en el seno de las filas laboriosas que nacían rebeldes pero que sólo la cultura convertía en revolucionarias. El tránsito de Campuzano por los pueblos y ciudades de España pasó a ser preocupación de la monarquía y, paradójicamente, mientras en 1924 la **dictadura** de Primo de Rivera tolera y autoriza la Escuela Racionalista de San Feliu de Guixols, en 1929 la **dictablanda** de Berenguer detiene a nuestro maestro y lo encierra por «Anarquista peligroso».

Salido de la cárcel, la Unión Patriótica le ofrece la dirección de una escuela mantenida por el partido pero Campuzano ya se siente completamente ligado a los ideales ácratas y prefiere declinar la oferta. Su seguridad personal sigue inquietante y se va a Francia bien que regresa en breve porque sin niños a quienes enseñar es como agonizar lentamente. En 1930 ya lo vemos ejerciendo de nuevo su sacerdocio en Arcos de Jalón. Con el advenimiento de la República un nuevo cambio ocurre: En Mataró, donde existe una fuerte organización confederal, se le reclama para estar al frente de la «Escuela-Ateneo» y allí permanece hasta el fin de la guerra. La «Escuela-Ateneo» — los historiadores de la Revolución Española, inclusive los más abnegados a la causa

progresista, se han empeñado en minimizar u orillar esta fase tan interesante de la enseñanza patrocinada por los medios obreros que sufragaban gustosos grupos escolares todo y faltando lo imprescindible en sus hogares — era la experiencia cimera de nuestro vallisoletano y sería, salvo unos efímeros días pedagógicos en Francia, la última en el primero de sus sacerdocios. Dividida en tres grupos escolares y teniendo un cuadro de once profesores, la «Escuela-Ateneo» de Mataró pasaba a ser, en aquel lejano año de 1931, un complejo de enseñanza como pocos tenía España incluyendo las escuelas del Estado.

El desenlace de la Guerra de España nos convirtió a todos en perdedores. Campuzano perdía, irremisiblemente, sus almácgos de futuros anarquistas. Se sumó a las largas hileras de acosados que franqueaban las abras y lugares de acceso que por los Pirineos conducían a Francia. Niños desperdigados le hicieron comprender que su misión era permanecer a su lado y durante algunos meses lo vemos en Banyuls sur Mer, al alcance de la mano de la Cataluña que se había convertido en su tierra de adopción, donde el gobierno de la República acondicionó una colonia escolar. Julio Just en visita oficial y en representación del gobierno republicano no pudo por menos que felicitar a Campuzano por la labor que estaba llevando en la colonia, felicitación que fuera ratificada desde París, al regresar Just a la ciudad del Sena, mediante carta que Campuzano guardara celosamente durante muchos años.

En el mes de mayo de 1940, a bordo del destartalado «La Salle», Campuzano y los suyos embarcan con rumbo hacia Santo Domingo. Abandonaba Europa y su España para siempre, bien que él creía, como la totalidad de los refugiados que siguieron su camino, que se trataba de una ausencia provisional. Abandonaba su suelo y su sacerdocio. En el Nuevo Mundo se iba a dedicar a una nueva vida, a un nuevo sacerdocio. Pero no de inmediato, desgraciadamente.

Trujillo abrió su isla a los re-

fugiados. Una mano de obra preparada y hombres formados para toda clase de profesiones se le ofrecían sin condiciones de ninguna clase y, lo que era preferible para sus designios, sin protección consular alguna. Jesús de Galindez y muchos más pagaron caro este desamparo.

Campuzano estuvo a punto de pagar moneda alta también.

Los refugiados eran diseminados por toda la isla dominicana y hoy son célebres los lugares transitados por ellos: San Juan de la Maguana, El Corral de los Indios, Pedro Sánchez... Lugares todos ellos extraviados de la topografía insular y sin condiciones para recibir a nadie. Trujillo pensaba que con las manos desnudas los españoles iban a secar ciénagas, nivelar otros, fertilizar desiertos y descuidaba el detalle primordial de que los llegados todavía no habían secobrado el hábito librado en la tan desigual contienda de España. Pensar en jornadas suplementarias por parte de los organismos exhaustos que acababan de llegar era un contrasentido. Pero en el español lo imposible se cultiva y eran muchos los dominicanos que llegaron a asombrarse frente a los esfuerzos de un músculo que ya se creía incapaz de dar más de sí. En la memoria de todos perdura la imagen de aquel vergel que ideara Gregorio Jover allí donde nadie lograba más que tierra calva. Otros Jover hubieron y, bien que en minoría, dejaron sentado el concepto que Abella, otro refugiado que se levantó a pulso en la Dominicana, se atribuía para él y sus regionales: «Els catalans, de les pedres en fan pans».

Para todos, poco a poco, la isla resultó ingrata; no los isleños ya que no hay refugiado que no catalogue a los dominicanos como a los más buenos y hospitalarios americanos que le han salido al encuentro. Desde México, Chile, Venezuela y otros países de Indamérica, empezaron a tenderse puentes en una sola dirección: dando siempre la espalda a Santo Domingo.

Un Paludismo pernicioso casi acaba con Campuzano. Llevado a Ciudad Trujillo, el hospital no puede dar cabida a tanto enfermo

y Campuzano se aferra a la vida contra una dolencia que deja en vida a uno de cada mil. Los vómitos de sangre acaban con el enfermo y Campuzano decide engullir la sangre que acude hacia la boca para desamparar su cuerpo. No basta, Villegas, otro refugiado, da la suya y nuestro hombre logra salvarse.

Restablecido, decide, finalmente, ir a Venezuela donde desembarca en 1943 cuando en el país existía un clima de cierta tolerancia bajo la presidencia del general Medina Angarita.

Al poco tiempo logra ingresar en la redacción de «El País», periódico portavoz de Acción Democrática que, en aquel entonces, abrazaba ideas socializantes de parecido marchamo a las divulgadas por el APRA de Haya de la Torre en el Perú y el Partido de Liberación Nacional de José Figueres en Costa Rica. Timidamente comienza a presentar sus cuartillas a Rómulo Betancourt, director del diario en aquel entonces, firmándolas como «Modesto Educador». No podía desprenderse, no quería, de su bagaje de maestro. En alguna parte tenía que continuar reivindicando su amada profesión, fuera ello solo en el seudónimo que abrazaba.

Sus primeros artículos, además, versan sobre educación. Se maravilla de los grandes, modernos y luminosos locales que se habilitan para escuelas en América: «Hoy los edificios que se destinan para Escuelas (lo pone con mayúscula para darle más valor) reúnen todas aquellas condiciones que la moderna pedagogía con claridad meridiana dice que deben reunir, pues la escuela de hoy no es la tortura espiritual, ni física a que estaban sometidos durante horas los tiernos infantes.» («El País» 11 feb. 1954). Machaca su concepto de que puede ser el padre el mejor de los maestros. Concepto que ya vemos en «Albada», un modesto boletín que aparecía, bilingüe, en Mataró: «Si el niño hubiera sido educado, de haber podido ser, por los padres...», «pero no solamente debe ser a los maestros que esté encomendada esta espinosa labor, sino a los padres...» («Albada», Ma-

taró agosto de 1934) y que de nuevo esgrime en «El País»: «La mayoría de los padres creen que ya han cumplido con sus deberes como tales, enviando a sus hijos a la escuela...», «Acerquemos la escuela al hogar hasta fundirlos en un solo crisol...»

Pronto, sin embargo, orillase el «Modesto Educador» y aparece Campuzano para reivindicar el «presente» como antifascista de todos los días: «Sigo siendo el luchador antifascista de siempre. Sigo siendo, y cada día con mayor firmeza, el que siempre fui. Los sinsabores y vicisitudes han templado mi ánimo de tal manera que no me ha llegado la hora de las vacilaciones ni de la apostasía...» («El País», 26 de nov. 1944).

A lo largo de sus trabajos aparecidos en «El País», donde ejercía la jefatura de cables porque se le estimaba como muy avezado en la cuestión internacional, se puede seguir una trayectoria inequívoca y siempre encarando el norte nitido de la lealtad y la consecuencia. Era el prototipo español tal cual lo reivindica Quedo: «Al español más lo constituye en serlo la lealtad que la patria; de tal forma que deja de ser español quien deja de ser leal.» Campuzano era amigo hasta el límite y pobre del que tocaba al amigo. Silvio Santiago, un gallego confederal emprendedor, fue blanco de un anónimo de «El Herald», un periódico amarillista en busca siempre del sensacionalismo. Desde las columnas de «El País», cuando Silvio Santiago empezaba a sufrir de cierta soledad como consecuencia de los repetidos ataques amamantados, con toda seguridad, desde la Embajada de España, Campuzano lanzó su contraataque arriesgando lo que fuera, en aras al amigo difamado y emplazando al anónimo de «El Herald» a dilucidar sus acusaciones. («El País» 1 diciembre 1944). «El Herald» no volvió a reincidir.

Su paso por «El País» fue decisivo. Llegó a formar conciencias sin llegar, ya sería pedir demasiado, a formar anarquistas. Dejó una estela de amistades que, más tarde, descollarían en la política y en la literatura de Venezuela.

Rómulo Betancourt lo consideraba amigo suyo, lo mismo Leo- ni, el actual presidente del país. No ocultaba, por comprometedor que fuera la situación — como cuando el decenio de Pérez Jiménez — su fe libertaria. América era una prolongación de la lucha antifranquista y, como escribiera José Angel Ciliberto en nota necrológica para Campuzano, éste «era, para aquellos momentos, el arquetipo del español venido a América en busca de refugio y trincheras para seguir peleando contra las agresivas arremetidas victoriosas — 1943-44 — del fascismo.» («El Mundo», 26 septiembre de 1964).

Todos sabían que Campuzano era anarquista. El lo gritaba desafiante, y porque era un ejemplo de hidalguía, lealtad y valor se le respetaba y se respetaba su ideal. «Un ideal — según dijera Francisco J. Avila, presidente de la Asociación Venezolana de Periodistas con motivo de la inauguración de la Biblioteca Miguel Campuzano — que cada día nos parece menos ilusorio y utópico. El pensamiento de Campuzano, según el cual los obreros tomarán a su cargo la producción y los destinos de los países, en un ámbito supremo de libertad, nos parece cada día más próximo.»

Nadie ignoraba el acratismo de Campuzano y el mérito suyo ha sido el de saber hacer respetar un ideal demasiado manoseado en la acepción negativa de caos. Muchos han sido los anarquistas españoles que no han ocultado, ni en medio de la mayor hostilidad, sus pensares y sus sentires. Sin embargo pocos han sido los que en el exilio lograran calar tan hondo en el ánimo de las gentes que conviven y trabajan con uno. Cuando Campuzano arribó a Caracas su llegada coincidió con la fundación de «El País» y allí se estrenaron periodistas que con el tiempo harían cotizar su nombre. Muchos de ellos son deudores a Campuzano y los hay que todavía lo reconocen.

Hombres como Campuzano, Pi i Sunyer, Mira López, Pujol, Grau, Asúa, Américo Castro, Sánchez Albornoz, etc. todos ellos integrantes de la España Peregrina, han ganado más votos que

todas las promesas, incumplidas, del franquismo en favor de América. La España que se desea en toda Indoamérica es la antifranquista, la de la libertad. La España donde, al decir de Ciliberto, Campuzano «modeló mentes y corazones infantiles para las buenas cosas. De la España — no menos idealista — que el pretendió modelar con el cincel de las ideas de Kropotkin, Proudhon y Durruti. Porque Miguel Campuzano, a fuer de idealista puro, creía con pasión de carbonario en que la acracia es la mejor y la más democrática forma de convivir los hombres en sociedad. Y por esto no admitía sino la fuerte pero inasible autoridad del espíritu y de la inteligencia; el señorío de la bondad bien entendida y mejor encaminada.» («El Mundo», 26 sepu. 1964).

Como José Angel Ciliberto, que ha llegado a saber de los ideales anarquistas — sin que quiera ello decir que los abraza — a través de la «pasión de carbonario» de Campuzano, encontraremos muchos en Caracas. Frente a la acepción arbitraria, siempre mayoritaria, de la anarquía como sinónimo de caos existe, en Venezuela, como en todas partes, la acepción veraz; en la difusión de esta última Campuzano ha participado como pocos.

Cuando los militares llevaron a cabo su golpe de Estado, en 1948, que derrocará el gobierno de Rómulo Gallegos, «El País» vio sus puertas cerradas. Campuzano pasó a trabajar en «Últimas Noticias», otro periódico caraqueño que absorbió, como los demás, a la mayoría del personal de «El País». Durante diez años Venezuela vivió sojuzgada a la bota pretoriana de Pérez Jiménez. La clandestinidad acción-democrática conoció en esos días del valor de Campuzano quien, por la amistad que sentía por algunos miembros del partido de Betancourt, se ofreció para varias misiones delicadas y peligrosas.

En «Últimas Noticias», propiedad de una familia que posee una cadena de periódicos y ha sabido sobrevivir muy holgadamente a todos los avatares políticos de Venezuela, duró hasta poco antes del derrocamiento del pérezjime-

nismo. Capriles, la referida familia, acabó por despedirlo cuando su capacidad profesional llegó a pesar menos que su continua crítica demoleadora de los procedimientos deshonestos de «La Cadena», que es así como es conocida la familia de los Capriles en Caracas.

Restablecido de nuevo el régimen de relativa libertad que siguiera al derrocamiento de la dictadura de Pérez Jiménez, el 23 de enero de 1958, participó en la fundación de «La República» donde la muerte lo hallara, ya con 70 años al borde de ser cumplidos, el 24 de septiembre de 1964.

Con anterioridad, en 1963, el Ministerio de Educación le concedía el «Premio Nacional de Periodismo». Hay en ello cierta ironía. El ministerio dedicado a la primera de sus dos grandes profesiones, la de la enseñanza, lo descuida en este aspecto para coronarlo con el mayor de los galardones por sus méritos periodistas.

No hubo descanso en la vida de Campuzano, ni lo buscó jamás. Huyó los honores, el premio que le concedieran como periodista, unos 300 dólares, no le duró dos días. Armonía, su compañera, pudo ser operada de inmediato y el saldo lo ofreció Campuzano en un brindis para sus compañeros de trabajo.

Era de los que no contornean obstáculos, prefería probar su fuerza de frente. Su ateísmo lo había heredado de su padre y lo fortaleció en los medios ácratas. «Tres veces le he ganado la batalla a la Iglesia», me decía en cierta ocasión. La primera de ellas en Arcos de Jalón; Un obrero confederal sufrió un accidente mortal y el cura de pueblo se propuso, naturalmente, darle sepultura religiosa. Campuzano, vestido de la autoridad de maestro, tan respetada en los villorrios, logró presionar lo suficiente frente al juez del lugar para que se respetaran los sentimientos del muerto, harto conocidos en Arcos de Jalón. En otra oportunidad ocurrió lo mismo con un amigo suyo, sastre y librepensador; Campuzano repitió su «Vade reto Ecclesia» y su amigo fue sin cruz ni cura a la fosa. La tercera de las batallas ganadas fue

con motivo de la muerte de su hermana.

Esta tenacidad en todo lo que abrazaba era un rasgo característico de Campuzano. Los años lo habían deshidratado, empequeñecido físicamente. Parecía un ser de dos dimensiones. Su voz, en cambio, era recia y segura. Esta seguridad que adquiere el español de la meseta, de la Castilla, donde el castellano entra en la leche materna, el cierzo y el sol, desde que el hombre asoma al mundo, sin lenguas intermedias como en Galicia, Vasconia, Cataluña, Valencia, Baleares o sin deformaciones. Era agresiva su voz, para orillar ambigüedades o promesas «sine die». Sus discusiones descartaban las concesiones al adversario. O le daba toda la razón — ¡Cuán pocas veces! — o se la quedaba toda. Nada de cambalaches: — «Tú una parte y yo la otra» — sino el todo. Era un sibarita de la poética, y un egoísta. Paradójicamente, Campuzano era un hombre muy altruista. No necesitaba, como Benjamín Franklin, revisar mentalmente, al final de la jornada, si entre lo realizado durante el día había una buena acción. Sobradamente figuraban éstas.

Preparado para la vida supo estarlo para la muerte. Fue el encargado de darnos ánimos cuando el desenlace era irremediable. Le tenía tanto amor a la vida que no quiso ensombrecerla ni en los últimos instantes. La vivió totalmente, sin queja ni llanto.

Víctor GARCÍA

En 1926 «La Revista Blanca» le publicó a Campuzano, correspondiendo al nº 65 de «La Novela Ideal», una obra que tituló «Armonía». El argumento es sencillo y gira sobre un personaje central, Armonía, a través del cual Campuzano exterioriza sus conceptos sobre la guerra (pág. 4) el estado deplorable de España (p. 5), la escuela racionalista (p. 6), el amor (p. 10 y 21), la mujer (p. 11), la cárcel (p. 16), la barrera generacional (p. 23), un proyecto de vivienda comunitario (p. 23), las madres (28), la maternidad y

(Pasa a la página 4850.)

# La voz de Juan de Mairena

por EUGEN RELGIS

## Aunque parezca mentira.

La verdad es la verdad, dígala Agamenón o su porquero.

Agamenón. — Conforme.

El porquero. — No me convence.

## Poesía directa.

— Señor Pérez, salgo usted a la pizarra y escriba: «Los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa.

El alumno escribe lo que se le dicta.

— Vaya usted poniendo eso en lenguaje poético.

El alumno, después de meditar, escribe: «Lo que pasa en la calle».

Mairena. — No está mal.

## La verdad de la blasfemia.

La blasfemia forma parte de la religión popular. Desconfiad de un pueblo donde no se blasfema: lo popular es el ateísmo. Prohibir la blasfemia con leyes punitivas, más o menos severas, es envenenar el corazón del pueblo, obligándole a ser insurrecto en su diálogo con la divinidad. Dios, que lee en los corazones, se dejará engañar? Antes perdona. El — no lo dudéis — la blasfemia proferida, que aquella otra hipócritamente guardada en el fondo del alma, o, más hipócritamente todavía, trocada en oración.

Mas no todo es **folklore** en la blasfemia, que decía mi maestro Abel Martín. En una Facultad de Teología bien organizada es imprescindible — para los estudios del doctorado, naturalmente — una cátedra de Blasfemia, desempeñada, si fuera posible, por el mismo Demonio.

## Plaza al Demonio.

— Continúe usted, señor Rodríguez, desarrollando el tema.

— En una república cristiana — habla Rodríguez, en el ejercicio de oratoria — democrática y liberal conviene otorgar al Demonio carta de **naturaliza** y de ciudadanía, obligarle a vivir dentro de la ley, prescribirle deberes a cambio de concederle derechos, sobre todo el específicamente demoníaco: el

derecho a la emisión del pensamiento. Que como tal Demonio nos hable, que ponga cátedra, señores. No os asustéis. El Demonio, a última hora, no tiene razón; pero tiene razones. Hay que escucharlas todas.

## Política de rebote.

En España — no lo olvidemos — la acción política de tendencia progresiva suele ser débil, porque carece de originalidad; es puro mimetismo que no pasa de simple excitante de la reacción. Se diría que sólo el resorte reaccionario funciona en nuestra máquina social con alguna precisión y energía. Los políticos que pretenden gobernar hacia el porvenir deben tener en cuenta la reacción de fondo que sigue en España a todo avance de superficie. Nuestros políticos llamados de izquierda, un tanto frívolos — digámoslo de pasada —, rara vez calculan, cuando disparan sus fusiles de retórica futurista, el retroceso de las culatas, aunque parezca extraño, más violento que el tiro.

## ¿Fracaso?

Se habla del fracaso de los intelectuales en política. Yo no he creído nunca en él. Se le confunde con el fracaso de ciertos virtuosos de la inteligencia, hombres de algún ingenio literario o de alguna habilidad añeja a la literatura y a la conversación — médicos, retóricos, fonetistas, ventrílocuos —, que no siempre son los más inteligentes.

## Silbido simbólico.

El español suele ser un buen hombre, generalmente inclinado a la piedad. Las prácticas crueles — a pesar de nuestra afición a los toros — no tendrán nunca buena opinión en España. En cambio, nos falta respeto, simpatía, y, sobre todo, complacencia con el éxito ajeno. Si véis que un torero ejecuta en el ruedo una faena impecable y que la plaza entera bate palmas estrepitosamente, aguardad un poco. Cuando el silencio se haya restablecido, veréis, indefectiblemente, un hombre que se levanta, se lleva los dedos a la boca, y silba con toda la fuerza de sus pulmones. No creáis que ese hombre silba al torero — probablemente lo aplaudió también —: silba al aplauso.

**Derechos de la mujer.**

Donde la mujer suele estar, como en España — decía Juan de Mairena — en su puesto, es decir, en su casa, cerca del fogón y consagrada al cuidado de sus hijos, es ella la que casi siempre domina, hasta imprimir el sello de su voluntad a la sociedad entera. El verdadero problema es allí el de la emancipación de los varones, sometidos a un régimen maternal demasiado rígido. La mujer perfectamente abacia en la vida pública, es voz cantante y voto decisivo en todo lo demás. Si unos cuantos viragos del sufragismo, que no hacen falta en ningún país, consiguiesen en España de la frivolidad masculina la concesión del voto a la mujer, las mujeres propiamente dichas votarían contra el voto; quiero decir que enterrarían en las urnas el régimen político que, imprudentemente, les concedió un derecho a que ellas no aspiraban. Esto sería lo inmediato. Sí, más tarde, observásemos que la mujer deseaba, en efecto, intervenir en la vida política, y que pedía el voto, sabiendo lo que pedía, entonces podríamos asegurar que el matriarcado español comenzó a perder su fuerza y que el varón tiraba de la mujer más que la mujer del varón. Esto sería entre nosotros profundamente revolucionario. Pero es peligro demasiado remoto para que pueda todavía preocuparnos.

**La patria que unos venden y otros compran.**

La patria — decía Juan Mairena —, es, en España, un sentimiento esencialmente popular, del cual suelen jactarse los señoritos. En los trances más duros, los señoritos la invocan y la venden; el pueblo la compra con su sangre y no la mienta siquiera. Si algún día tuviéreis que tomar parte en una lucha de clases, no vaciléis en poner del lado del pueblo, que es el lado de España, aunque las banderas populares ostenten los lemas más abstractos. Si el pueblo canta la «Marsellesa», la canta en español; si algún día grita: «¡Viva Rusia!», pensad que la Rusia de ese grito del pueblo, si es en guerra civil, puede ser mucho más española que la España de sus adversarios.

**España inconfundible.**

En España — habla Juan Mairena a sus alumnos —, este ancho promontorio de Europa, han de reñirse todavía batallas muy importantes para el mundo occidental. Cuando penséis en España, no olvidéis ni su historia ni su tradición; pero no creáis que la esencia española os la puede revelar el pasado. Esto es lo que suelen ignorar los historiadores. Un pueblo es siempre una empresa futura, un arco tendido hasta el mañana. El que este mañana nos sea desconocido no invalida la necesidad de su previo conocimiento para explicarnos todo lo demás. De modo que la verdadera historia de un pueblo no la encontraréis casi nunca en lo que de él se ha escrito. El hombre lleva a la historia — cuando la lleva — dentro de sí; ella se le revela como deseos y esperanza, como temor, a veces, mas

siempre complicada con el futuro. Un pueblo es una muchedumbre de hombres que temen, desean y esperan aproximadamente las mismas cosas. Sin conocer alguna de ellas, no haréis nada, en historia que merezca leerse.

No olvidéis, sin embargo, que, desde otro punto de vista, el hombre, futurista incurable, es el único animal tradicionalista, y que el pasado adquiere para él un extraño prestigio. Reparad — aunque sólo sea de paso — en que es el hombre entre los primates, el único animal capaz de preocuparse más de sus mayores que de sus pequeños y, por descontento el único animal que venera a sus abuelos. Reparad también en que la memoria humana es tan extensa y vigorosa, que por ella, sobre todo, aventaja el hombre a las otras alimañas de su grupo zoológico. Justamente enorgullecido de su memoria, llega el hombre a pensar que es, precisamente, lo pasado aquello que no pasa, porque los hechos cósmicos, cualquiera que sea su naturaleza, quedan solidificados e inmutables en el fluir de nuestra conciencia, al pasar de la percepción al recuerdo. Tal es uno de los milagros que atribuye el hombre a su intervención en el universo.

**Las naciones y sus abogados.**

Algún día — habla Mairena en el café — se reunirán las grandes naciones para asegurar la paz en el mundo. ¿Lo conseguirán? Eso es otra cuestión. Lo indudable es que el prestigio de esa Sociedad no puede nunca menoscabarse. Si surge un conflicto entre dos pequeñas naciones, las grandes aconsejarán la paz paternalmente. Si las pequeñas se empeñan en pelear, allá ellas. Las grandes se dirán: no es cosa de que vayamos a enredarla convirtiendo una guerra insignificante entre pigmeos en otra guerra en que intervienen los titanes. Ya que no la paz absoluta la Sociedad de las Naciones conseguirá un minimum de guerra. Y su prestigio queda a salvo. Si surge un conflicto entre grandes potencias, lo más probable es que la Sociedad de Naciones deje de existir, y mal puede fracasar una Sociedad no existente.

— Y en el caso, amigo Mairena, de que surja el conflicto porque una gran nación quiera comerse a otra pequeña, ¿qué hacen entonces las grandes naciones asociadas?

— Salirle al paso para impedirlo, querido don Cosme.

— ¿Y si la gran nación insiste en comerse a la pequeña?

— Entonces las grandes naciones le ordenarán que se la coma, pero en nombre de todas. Y siempre quedará a salvo el prestigio de la Sociedad de las Naciones.

**La sabiduría de nuestro pueblo.**

Juan de Mairena había pensado fundar en su tierra una Escuela Popular de Sabiduría. Renunció a este propósito cuando murió su maestro, a quien él destinaba la cátedra de Poética y Metafísica. El se reservaba la cátedra de Sofística.

— Es lástima — decía — que sean siempre los mejores propósitos aquéllos que se malogren mientras que prosperan las ideicas de los tontos, arribistas y revolvedores de la peor especie. Tenemos un pueblo maravillosamente dotado para la sabiduría; en el mejor sentido de la palabra: un pueblo a quien no acaba de entontecer una clase media, entontecida a su vez por la indigencia científica de nuestras Universidades y por el pragmatismo eclesiástico, enemigo siempre de las altas actividades del espíritu. Nos empeñamos en que este pueblo aprenda a leer, sin decirle para qué y sin reparar en que él sabe muy bien lo poco que nosotros leemos. Pensamos, además, que ha de agradecer esas escuelas prácticas donde puede aprender la manera más científica y económica de serrar un tablón. Y creemos inocentemente que se reía en nuestras barbas si le hablásemos de Platón. Grave error. De Platón no se ríen más que los señoritos, en el mal sentido — si alguno hay bueno — de la palabra.

#### En Andalucía quizá.

Esta Escuela tendría éxito en España, a condición — claro está — de que hubiese maestros capaces de mantenerla, y muy especialmente en la región andaluza, donde el hombre no se ha degradado todavía por el culto perverso al trabajo, quiero decir por el afán de adquirir, a cambio de la fatiga muscular, dinero para comprar placeres y satisfacciones materiales.

Es natural — permitidme una pequeña digresión — que el hombre de la Europa septentrional, originariamente cargador o extractor de masas pesadas, talador de selvas, etc.; obligado en suma, a un esfuerzo brutal en un clima duro, busque su emancipación por la máquina, mientras que el hombre de la cultura meridional originariamente esclavista y negrero, busque el ocio *sine qua non* de una vida noble por la vía ascética, reduciendo a un mínimo sus apetencias más o menos bestiales.

De todos modos — decía mi maestro —, una sana concepción del trabajo será siempre la de la actividad marginal de carácter más o menos cinético, a la vera y al servicio de las actividades específicamente humanas: atención, reflexión, especulación, contemplación admirativa, etcétera, que son actividades esencialmente quietistas o, dicho más modestamente, sedentarias. Pero dejemos a un lado mi maestro y sus teorías, ya rancias, sobre el *homo sapiens* frente al *homo faber*, y aquella más fantástica suya sobre un *homunculus móvilis*, que se convierte en mero proyectil, perdiendo de paso su calidad de semoviente. Y volvamos a la Escuela de Sabiduría.

#### La religión de los granujas.

Las religiones históricas — habla Mairena a sus alumnos —, que se dicen reveladas, nada tendrían que temer de nuestra Escuela de Sabiduría; porque nosotros no combatiríamos ninguna creencia, sino que nos limitaríamos a buscar las nuestras. Nosot-

ros sólo combatimos, y no siempre de un modo directo, las creencias falsas, es decir, las incredulidades que se disfrazan de creencias. Usted puede, señor Martínez...

— Presente.

— Creer en el infierno hasta achicharrarse en él anticipadamente; pero de ningún modo aconsejar a su prójimo esa creencia, sin una previa y decidida participación de usted en ella. No sé si comprende usted bien lo que le digo. Nosotros militamos contra una sola religión, que juzgamos irreligiosa: la mansa y perversa que tiene encallado a todo el occidente. Llamémosle pragmatismo, para darle el nombre elegido por los anglosajones del Nuevo Continente, que, todavía ponen el mingo en el mundo, para bautizar una ingeniosa filosofía o, si os place, una ingeniosa carencia de filosofía. La palabra pragmatismo viene un poco estrecha a nuestro concepto, porque nosotros aludimos con ella a la religión natural de casi todos los granujas, sin distinción de continentes. Quisiéramos nosotros contribuir, en la medida de nuestras fuerzas, a limpiar el mundo de hipocresía, de *cant* inglés, etc.

#### Sólo cinismo.

Es cierto — decía proféticamente mi maestro — que se avecinan guerras terribles, revoluciones cruentísimas, entre cuyas pausas más hondas pudiéramos señalar, acaso, la discordancia entre la acción y sus postulados ideales, y una gran pugna entre la elementalidad y la cultura que anegue el mundo en una ingente ola de cinismo. Estamos abocados a una catástrofe moral de proporciones gigantescas, en la cual sólo queden en pie las virtudes cínicas. Los políticos tendrán que aferrarse a ellas y gobernar con ellas. Nuestra misión es adelantarnos por la inteligencia a devolver su dignidad de hombre al animal humano.

#### Las élites.

En cuanto al concepto de élite o minoría selecta tendríamos mucho que decir con relación a nuestra Escuela de Sabiduría, porque él nos plantea problemas muy difíciles, cuando no insolubles. Estos problemas pasarían, acaso intactos, de la clase de Sofística a la de Metafísica. Sólo he de anticiparos que yo no creo en la posibilidad de una suma de valores cualitativos, porque ella implica una previa homogeneización que supone, a su vez, una descualificación de estos mismos valores. Nosotros necesitamos, para esta Escuela, un hombre extraordinario, o si queréis, varios hombres extraordinarios, pero capaces, cada uno de ellos, de levantar en vilo por su propio esfuerzo, el fardo de la sabiduría. ¿El fardo de su propia sabiduría? Claro. No hay más sabiduría que la propia. Y como para nosotros no existiría la división del trabajo, porque nosotros empezamos por no trabajar o, en último caso, por no aceptar trabajo que fuere divisible, el grupo de sabios especializados en las más difíciles disciplinas científicas, ni vendría a nuestra Escuela ni, mucho menos, saldría de ella. Nosotros no ha-

bríamos de negar nuestro respeto ni nuestra veneración a este grupo de sabios, pero de ningún modo les concederíamos mayor importancia que al hombre ingenuo, capaz de plantearse espontáneamente los problemas más esenciales.

#### El intelectual.

¿Intelectuales? ¿Por qué no? Pero nunca virtuosos de la inteligencia. La inteligencia ha de servir siempre para algo, aplicarse a algo, aprovechar a alguien. Si averiguásemos que la inteligencia no servía para nada, mucho menos entonces la exhibiríamos en ejercicios supérfluos, deportivos, puramente gimnásticos. Que exista una gimnástica intelectual que fortalezca y agilite intelectualmente a quien la ejecuta, es muy posible. Pero sería para nosotros una actividad privada, de puro utilitaria y egoísta, como el comer o purgarse, lavarse o vestirse, nunca para exhibirla en público. La gimnástica, como espectáculo, tiene entontecido a medio mundo y acabará por entontecer al otro medio.

#### El pensador y el político.

Las cabezas que embisten, cabezas de choque, en la batalla política pueden ser útiles, a condición de que no actúen por iniciativa propia; porque en este caso peligran las cabezas que piensan, que son las más necesarias. En política como en todo lo demás.

Al hombre público, muy especialmente al político, hay que exigirle que posea las virtudes públicas, todas las cuales se resumen en una: **fidelidad a la propia máscara**. Decía mi maestro Abel Martín — habla Mairena a sus discípulos de Sofística — que un hombre público que queda mal en público es mucho peor que una mujer pública que no queda bien en privado. Bromas aparte — añadía —, reparad en que no hay lio político que no sea un trueque, una confusión de máscaras, un mal ensayo de comedia, en que nadie sabe su papel.

Procurad, sin embargo, los que vais para políticos, que vuestra máscara sea, en lo posible, obra vuestra; hacéosla vosotros mismos, para evitar que os la pongan — que os la **impongan** — vuestros enemigos o vuestros correligionarios; y no la hagáis tan rígida, tan imperiosa e impermeable que os sofoque el rostro, porque más tarde o más temprano, hay que dar la cara.

#### Con naturalidad.

Huid de escenarios, púlpitos, plataformas y pedestales. Nunca perdáis contacto con el suelo; porque sólo así tendréis una idea aproximada de vuestra estatura.

#### Soldado desconocido.

Nunca debéis incurrir en esa monstruosa ironía del homenaje al soldado desconocido, a ese pobre héroe anónimo por definición, muerto en el campo

de batalla, y que por si milagro levantara la cabeza para decirnos: «Yo me llamaba Pérez», tendríamos que enterrarle otra vez, gritándole: «Torna a la huesa, ¡oh, Pérez infeliz!, porque nada de esto va contigo».

#### Pensar todo.

Sed originales; yo os lo aconsejo; casi me atrevería a ordenároslo. Para ello — claro es — tenéis que renunciar al aplauso de los **snoobs** y de los fanáticos de la novedad; porque éstos creerán siempre haber leído algo de lo que vosotros pensáis, y aun pensarán, además, que vosotros lo habíais leído también, aunque en ediciones profanadas ya por el vulgo, y que, en último término, no lo habéis comprendido tan bien como ellos. A vosotros no os importa pensar lo que habéis leído ochenta veces y oído quinientas, porque no es lo mismo pensar que haber leído.

#### La poesía que sea algo

No hay mejor definición de la poesía que ésta: «poesía es algo de lo que hacen los poetas». Que sea este algo no debéis preuntarlo al poeta. Porque no será nunca el poeta quien os conteste.

¿Se lo preguntaréis a los profesores de Literatura? Nosotros sí os contestaremos, porque para eso estamos. Es nuestra obligación. «Poesía, señores, será el residuo obtenido después de una delicada operación crítica, que consiste en eliminar de cuanto se vende por poesía todo lo que no lo es». La operación es difícil de realizar. Porque para eliminar de cuanto se vende por poesía la ganga o escoria antipoética que lo acompaña, habría que saber lo que no es poesía, y para ello saber, anticipadamente, lo que es poesía. Si lo supiéramos, señores, la experiencia sería un tanto supérflua, que no exenta de amenidad. Mas la verdad es que no lo sabemos, y que la experiencia parece irrealizable.

¿Se lo preguntaremos a los filósofos? Ellos nos contestarán que nuestra pregunta es demasiado ingenua y que, en último término, no se creen en la obligación de contestarla. Ellos no se han preguntado nunca qué sea la poesía, sino qué es algo que sea algo, y si es posible saber algo de algo, o si habremos de contentarnos con no saber nada que merezca saberse.

Hemos de hablar modestamente de la poesía, sin pretender definirla, ni mucho menos obtenerla por vía experimental químicamente pura.

#### La buena letra

Huid del preciosismo literario, que es el mayor enemigo de la originalidad. Pensad que escribís en una lengua madura, repleta de **folklore**, de saber popular, y que ese fue el barro santo de donde sacó Cervantes la creación literaria más original de todos los tiempos. No olvidéis, sin embargo, que el «preciosismo», que persigue una originalidad frívola y de pura costra, pudiera tener razón contra vosotros, cuando no cumplís el deber primordial de

poner en la materia que labráis el doble cuño de vuestra inteligencia y de vuestro corazón. Y tendrá más razón todavía si os zambullis en la barbarie casticista, que pretende hacer algo por la mera renuncia a la cultura universal.

### La cultura y el pueblo

Mairena tenía una idea del **folklore** que no era la de los **folkloristas** de nuestros días. Para él no era el **folklore** un estudio de las reminiscencias de viejas culturas, de elementos muertos que arrastra inconscientemente el alma del pueblo en su lengua, en sus prácticas, en sus costumbres, etc. Mairena vivía en una gran población andaluza, compuesta de una burguesía algo beocia, de una aristocracia demasiado rural y de un pueblo inteligente, fino, sensible, de artesanos que saben su oficio y para quienes el hacer bien las cosas es, como para el artista, mucho más importante que el hacerlas. Cuando alguien se lamentaba del poco arraigo y escaso ambiente que tenía allí la Universidad, Mairena, que había estudiado en ella y la guardaba respeto y cariño, solía decir: «Mucho me temo que la causa de eso sea más profunda de lo que se cree. Es muy posible que, entre nosotros, el saber universitario no puede competir con el **folklore**, con el saber popular. El pueblo sabe más, y sobre todo, mejor que nosotros. El hombre que sabe hacer algo de un modo perfecto — un zapato, un sombrero, una guitarra, un ladrillo — no es nunca un trabajador inconsciente, que ajusta su labor a viejas fórmulas y recetas, sino un artista que pone toda su alma en cada momento de su trabajo. A este hombre no es fácil engañarle con cosas mal sabidas o hechas a desgana». Pensaba Mairena que el **folklore** era cultura viva y creadora de un pueblo de quien había mucho que aprender, para luego poder enseñar bien a las clases adineradas.

### Tiempos rudos

Porque se avecinan tiempos duros, y los hombres se aperciben a luchar — pueblos contra pueblos, clases contra clases, razas contra razas —, mal año para los sofistas, los escépticos, los desocupados, y los charlatanes. Se recrudecerá el pensar pragmático, quiero decir el pensar consagrado a reforzar los resortes de la acción. ¡Hay que vivir! Es el grito de bandera, siempre que los hombres se deciden a matarse. Y la chufra de Voltaire: **Je n'en vois pas la nécessité** no hará reír, ni mucho menos, convenirá a nadie. Y esta cátedra mía — la de Retórica, no la de Gimnasia — será suprimida de real orden, si es que no me persigue y condena por corruptor de la juventud.

### Los dioses temibles

O por enemigo de los dioses. De los dioses en que no se cree. Porque no hay que olvidar lo que tantas veces dijo mi maestro: «Nada hay más temible que el celo sacerdotal de los incrédulos». Dicho de otro modo: «Que Dios nos libre de los dioses apócrifos», en el sentido etimológico de la palabra: de los dio-

ses ocultos, secretos, inconfesados. Porque éstos han sido siempre los más crueles, y, obre todo, los más perversos; ellos dictan los sacrificios que se ofrendan a los otros dioses, a los dioses de culto oficialmente reconocido.

### Dios y el confitero

— Desde cierto punto de vista — decía mi maestro —, nada hay más burgués que un proletario, puesto que, al fin, el proletariado es una creación de la burguesía. Proletarios del mundo — añadía — uníos para acabar lo antes posible con la burguesía y, consecuentemente, con el proletariado.

Su maestro de usted, querido Mairena, debía estar más loco que una gavia.

— Es posible. Pero oiga usted, amigo Tostólez, lo que contaba de un confitero andaluz, muy descreído a quien quiso convertir un filósofo pragmático a la religión de sus mayores.

— De los mayores ¿de quien, amigo Mairena? Porque ese «sus» es algo anfibiológico.

— De los mayores del filósofo pragmático, probablemente. Pero escuche usted lo que decía el filósofo: «Si usted creyera en Dios, en un Juez Supremo que había de pedirle a usted cuentas de sus actos, haría usted unos confites mucho mejores que esos que usted vende, y los daría más baratos, y ganaría usted mucho dinero, porque aumentaría usted considerablemente su clientela. Le conviene a usted creer en Dios». «¿Pero Dios existe señor doctor?» — preguntó el confitero —. «Eso es cuestión baladí — replicó el filósofo —. Lo importante es que usted crea en Dios.» «Pero ¿y si no puedo?» — volvió a preguntar el confitero —. «Tampoco eso tiene demasiada importancia. Basta con que usted quiera creer. Porque de ese modo una de tres: o usted acaba por creer que cree, lo que viene a ser aproximadamente lo mismo, o, en último caso, trabaja usted en sus confituras como si creyera. Y siempre vendrá a resultar que usted mejora el género que vende, en beneficio de su cliente y en el suyo propio.»

El confitero — contaba mi maestro — no fue del todo insensible a las razones del filósofo. «Vuelva usted por aquí — le dijo — dentro de unos días.»

Cuando volvió el filósofo encontró cambiada la muestra del confitero, que rezaba así: «Confitería de Angel Martínez, proveedor de Su Divina Majestad».

— Está bien. Pero conviene saber, amigo Mairena, si la calidad de los confites...

— La calidad de los confites, en efecto, no había mejorado. Pero, lo que decía el confitero a su amigo filósofo: «Lo importante es que usted crea que ha mejorado, o quiera usted creerlo, o, en último caso, que usted se coma esos confites y me los pague como si lo creyera.»

### Poesía es lo segundo

— Daréte el dulce fruto sazonado del peral en la rama ponderosa.

— ¿Quieres decir que me darás una pera?

— ¡Claro!...

**La cinematografía**

Sin embargo al cinematógrafo, que tiene tanto de arte bello como la escritura, o la imprenta, o el telégrafo, es decir, no mucho, y muchísimo en cambio, de vehículo de cultura y de medio para su difusión, hay que exigirle, como a la fotografía, que nos deje enfrente de los objetos reales, sin añadirles más que el movimiento, cuando lo tienen, reproducido con la mayor exactitud posible. Porque sólo el objeto real, inagotable para quien sepa mirarlo, puede interesarnos en fotografía. Y ya es bastante que podamos ver en Chipiona la cataratas del Niágara, los barcos del canal de Suez, la pesca del atún en las almadrabas de Huelva. Fotografiar fantasmas compuestos en un taller de cineastas es algo perfectamente estúpido. El único modo de que no podamos imaginar lo imaginario es que nos lo den en fotografía, a la par de los objetos reales que percibimos. El niño sueña con las figuras de un cuento de hadas, a condición de que sea él quien imagine, que tenga, al menos, algo que imaginar en ellas. Y el hombre, también. Un fantasma fotografiado no es más interesante que una cafetera. En general, la cinematografía orientada hacia la

novela, el cuento o el teatro es profundamente anti-pedagógica. Ella contribuirá a entontecer el mundo, preparando nuevas generaciones que no sepan ver ni soñar. Cuando haya en Europa dictadores con sentido común, se llenarán los presidios de cineastas. (Esto era un decir, claro está, de Juan de Mairena para impresionar a sus alumnos).

**La muerte del Poeta**

Siempre que tengo noticia de la muerte de un poeta, me ocurre pensar: ¡Cuántas veces, por razón de su oficio, habrá este hombre mentado a la muerte, sin creer en ella! ¿Y qué habrá pensado ahora, al verla salir como figura final de su propia caja de sorpresas?

No está bien que tratemos retóricamente de algo tan serio como es la muerte. Sin embargo, siempre se ha dicho que la grandeza de Sócrates resalta más que nunca cuando, aguardando la hora de tomar la cicuta, entabla el diálogo inmortal quitándole toda solemnidad al tema de la muerte: «Un diálogo más, aunque sea el último... Y a esa mujer que se la lleven a su casa».




---

A los tradicionalistas convendría recordarles lo que a veces se ha dicho contra ellos:

Primero. Que si la historia es, como el tiempo irreversible, no hay manera de restaurar lo pasado.

Segundo. Que si hay algo en la historia fuera del tiempo, valores eternos, eso, que no ha pasado, tampoco puede restaurarse.

Tercero. Que si aquellos polvos trajeron estos lodos, no se puede condenar al presente y absolver al pasado.

Cuarto. Que si tornásemos a aquellos polvos volveríamos a estos lodos.

Quinto. Que todo reaccionarismo consecuente termina en la caverna...

---

# Preliminarario a una trilogía de novelas

**D**E no haber escrito en 1917 mi confesión al lector de la trilogía *Petru Arbore*, la volvería a redactar ahora casi literalmente. Está pues de más que repita, pasados tres decenios, un credo que se aclara en mí al emerger del encantado jardín de la adolescencia para penetrar en las arenas sociales. Los tres volúmenes de la novela fueron escritos en los primeros tres años de la anterior guerra mundial, que aparece tan esfumada como una ingenua litografía, con ruinas románticas y horrores en cierto modo mezquinos, frente a las destrucciones y atrocidades inconmensurables — inconcebibles y sin embargo realizadas, inhumanas y no obstante soportadas por millones de hombres — en la segunda conflagración mundial. Jamás he sentido más dolorosamente la verdad de esas palabras dichas por un sabio como Amiel: la mayoría de los seres humanos no son hombres, sino apenas candidatos a la humanidad...

Durante la última guerra, en horas tardías, con la luz mortecina y la ventana tapada con papel negro, y aún en el refugio subterráneo, durante el fragor de los bombardeos aéreos, he releído estas páginas. Pedro Arbol, mi «héroe», no se hizo viejo. ¿Qué importa si algunos detalles técnicos han sido superados en el «arte» de la matanza y la aniquilación? En todos los motivos exteriores de la novela existe solamente una diferencia de amplitud e intensidad en relación con las circunstancias ulteriores, de la segunda guerra. Pero desde la aventura erótica del comienzo, hasta los trágicos problemas de conciencia del final, Pedro Arbol pertenece al presente, como lo fue del pasado, como lo será del mañana, pero más cerca de sus anhelos: el conocimiento de sí mismo, la tensión incesante hacia el autoperfeccionamiento, la realización progresiva de los ideales espirituales merced a la verdadera libertad y justicia entre los individuos y entre los pueblos.

Pedro Arbol siguió siendo mi compañero de ruta. Yo he envejecido treinta años desde que le había plasmado en mi mente y mi corazón. Mas él conservará su juventud, insuflándome en horas de depresión su arrojo y optimismo, recuperadas después de prolongadas aflicciones, de tenaces

combates consigo mismo y con el mundo circundante.

Y ahora aparece en nueva vestimenta, como el árbol cuyo follaje reverdece. Porque los tres volúmenes amalgamados en uno, son como tres retoños que con el tiempo formaron un solo tronco. Y lo que se llama «estilo», «expresión literaria» o «materia prima» ha sufrido, inevitablemente, una meticolosa operación selectiva, es decir, de eliminación y pulimento. Muchas hojas se marchitaron, algunas ramas cayeron rotas; pero crecieron otras en su lugar. En el primer prefacio he proclamado — hasta dejar perplejo a un crítico — el paralelismo entre el fondo y la forma («el estilo sigue la evolución del héroe»). ¿Por qué no habría de reconocer también esta sencilla verdad: el estilo sigue la evolución del autor? Este tiene no solamente el derecho, sino el deber de ser duro, sin condescendencia para con las propias realizaciones, de no considerarlas logradas y acabadas, su pluma debe ser guiada por una mano sincera y voluntaria, por una conciencia creadora que quiere distinguir lo transitorio de lo permanente en el corto pasaje del individuo por este mundo solado de negaciones, arruinado y degollado en cada generación por ficciones colectivas.

Pues «las colectividades artificiales y sojuzgadas» que guerrearón de 1914 a 1918, llegaron a las horrendas masacres de 1939 a 1945 por las mismas causas oculatas, por esas psicosis colectivas surgidas de los focos fomentados por los poseídos del odio, de las torturas, los crímenes y el saqueo. El mayor peligro para el hombre — nos advertía el profesor C. G. Jung en «L'homme à la découverte de son âme», 1946 — no es el hambre, ni el microbio, ni el cáncer o los cataclismos geológicos. Es el hombre mismo. Porque no existe todavía «una protección eficaz contra las epidemias psíquicas, cuyos estragos superan con mucho las más tremendas catástrofes de la naturaleza... El supremo peligro que amenaza tanto al ser individual como a los pueblos juntos, es el **peligro psíquico**». La razón estuvo impotente hasta nuestros días, porque sus «argumentos» se dirigían sólo a la conciencia, y no penetraban también en el mundo del inconsciente. Para el hombre, el peligro emana de las muchedumbres azuzadas, deshumanizadas, en las cuales el inconsciente ahoga las advertencias y los consejos racionales de la conciencia.

La psicología, la más joven de las ciencias, nos ayudará a conocernos a nosotros mismos, a re-

conocer los grandes peligros que acechan bajo lemas y apariencias falaces. Y **Petru Arbore** — que, según expresara otro crítico, representa al hombre de todas partes y podría llamarse Pierre Arbre, Pedro Arbol o Peter Baum — es, ante todo, una novela psicológica. No a la manera anticuada de los fabricantes de literatura y de «éxitos de librería». Constituye una exploración de la vida interior, real y sin embargo tan ignorada por la mayoría de los lectores.

Escrita en una época en que aún no habían aparecido o no se habían difundido las obras reveladoras de los grandes investigadores psicológicos — desde Freud

hasta Alfred Adler y desde Jung hasta el Dr. Allendy, Ad. Ferrière, Ch. Baudouin, para nombrar tan sólo unos pocos — esta novela es el testimonio viviente de las leyes y verdades proclamadas por los precursores de la nueva «ciencia del alma». Sus servidores tienen la misión de preparar, junto a todos los que luchan por la paz y la justicia social, lo que he tratado de presentar por medio de mi héroe: una humanidad constituida de individuos conscientes y libres, pero solidarios con el destino tan trágico y sangriento de los pueblos que no saben o no reconocen todavía que el «genus humanum est unum».

EUGEN RELGIS

## Miguel Campuzano

(Viene de la pág. 4842.)

el aborto (p. 30 y 31). El nombre de la novela debería ser el mismo que el de su compañera, Armonía, a la que sólo conoció un año más tarde. De esta unión ejemplar quedan ahora Acracia y Artorix, dos hijos ya mayores.

En América, aparte algún trabajo aparecido en «Democracia» de Santo Domingo, la actividad peñolera de Campuzano se concentró toda en Caracas, donde, como ya hemos tenido ocasión de señalar, colaboró en «El País», «Últimas Noticias» y «La República».



*Proclamar como divino todo lo que es grande, justo, noble y bello en la humanidad, es reconocer, implícitamente, que el hombre por él mismo es incapaz de producirlo; lo que quiere decir que, abandonada a sí misma, la humanidad por naturaleza es miserable, inicua y vil.*

*Denigrar a la humanidad para poder ensalzar a Dios es la esencia de todas las religiones.*

BAKUNIN

# La vida y los libros

## TACURUSES

Los tres idiomas más importantes que se hablan en América: el inglés, el español y el portugués, no se hablan paralelamente en el Nuevo Mundo. Es decir, difieren bastante. El inglés, por ejemplo, se escribe, inclusive, más simplificado. Pero en el caso del español y tomando por ejemplo las regiones rioplatenses, existe el «seseo», el «ceceo», una acentuación «antípoda» y un vocabulario exclusivo; además de guardar en uso algunos vocablos del castellano antiguo. Como ejemplo, y para ilustración de nuestros lectores, citaremos uno de los libros rioplatenses que consideramos más valiosos desde el punto de vista libertario: **Tacuruses** por Serafín J. García. Tacuruses, son unos montículos de tierra, cónicos o semiesféricos, que se encuentran en los campos.

Si bien este libro está lejos de igualar al **Martín Fierro** de José Hernández, merece ser destacado como ejemplo de la influencia del pensamiento libertario en los escritores del Plata, y en los primeros cincuenta años del siglo presente. Transcribiremos, pues, una poesía de **Tacuruses** — se trata de un libro de poesías —, que los «payadores» (trovadores populares) la han hecho suya y, con frecuencia, se escucha inclusive en las emisiones radiales. Pondremos entre paréntesis e inmediatamente después del vocablo oscuro para las inteligencias europeas, la traducción adecuada. He aquí, pues, la poesía:

### OREJANO (animal contramarcado)

Yo sé qu'en el pago (lugar) me tienen idea (le quieren mal)  
 porque a los que mandan no les cabresteo (no les hace caso);  
 porque dispregiando las güeyas (huellas) ajenas sé abrirme caminos pa (para) dir (ir) ande (adonde) quiero.  
 Porque no me han visto lambar la coyunda ni andar hocicando p'hacerme (para hacerme) de un peso (moneda local),  
 y saben de sobra que soy duro'e (duro de) boca y no me asujeta ni un freno mulero.  
 Porque cuando tengo que cantar verdades las canto derecho nomás (nada más), a lo macho, aunqu'esas verdades amuestren (muestran) bicheras (gusaneras)  
 ande (en donde) naide (nadie) creiba (creía) que hubiera gusanos.

Porque al copetudo de riñón cubierto (se trata del rico)

— pa (para) quien n'usa (no usa) leyes ningún comisario (jefe policial) —

lo trato lo mesmo (mismo) que al que sólo tiene chiripá (ex-pantalón campestre) de bolsa pa taparse'l (el) rabo.

Porque no m'enyenan (me llenan) con cuatro mentiras

los maracaneses (loros) que vienen del pueblo (ciudad)

a elogiar divisas ya desmerecidas

y'hacernos (y a hacernos) promesas que nunca cumplieron.

Porque cuando truje (llevé) mi china (moza) pal (para el) rancho

me olvidé que hay jueces p'hacer casamientos, y que nada vale la mujer más güena (buena)

si su hombre por eya (ella) no ha pagao (pagado) derecho.

Porque a mis gurises (niños) los he cria'o (criado) infieles

aunqu'el cura grite qu'irán (que irán) al infierno, y digo ande (a donde) cuadre que pa (para) nada sirven

los que sólo viven pirinchando (rogando) al cielo.

Porque aunque no tengo ni en qué cairme (caerme) muerto,

soy más rico qu'esos (que esos) que agrandan sus campos

pagando en sancuchos (bazofia) de tumba reseca

al pobre pión (peón), qu'echa (que echa) los bofes (pulmones) cinchando (trabajando duro).

¡Por eso en el pago (lugar) me tienen idea (le quieren mal)!

¡Porqu'entre los ceibos estorba un quebracho (árbol autóctono)!

¡Poque a tuitos (todos) eyos (ellos) le han puesto marca

y tienen envidia de verme orejano (no marcado)!

¿Y a mí que m'importa? ¡Soy chúcaro (arisco) y libre!

¡No sigo a caudiyos (caudillos) ni en leyes me atraco!

¡Y voy por los rumbos clariaos (clareados) de mi antojo

y a naides (nadie) preciso pa (para) ser mi baquiáno (diestro conocedor del campo)!

Serafín J. García es un escritor uruguayo, que es asimismo autor de otros libros dignos de mención: **En Carne Viva**, **Tierra Amarga**, **Burbujas**, **Barro y Sol**, **Asfalto**, **Raíz y Alas**, etc.

## ROSSEL

En el año 1964 moría en Montevideo (Uruguay), Albano Rosell. Había nacido a últimos del siglo pasado en la ciudad catalana de Sabadell (España). De ideas libertarias y una persona muy culta, fue uno de los íntimos de Francisco Ferrer, teniendo a su cargo una de las Escuelas Modernas de la periferia barcelonesa. Luego emigró a Sudamérica, radicándose en el pequeño país platense.

Desde su escritorio, en su casa, Rosell colaboró en la prensa anarquista mundial, especialmente en la de lengua castellana. Lo hizo firmado con diversos seudónimos: Dr. Frank Aube, Laureano d'Ore, Germina Alba, Victoria Zeda, etc. También empleaba a menudo su propio nombre. Algunas publicaciones, como es ejemplo «Cultura Proletaria» de York, animada otrora por Pedro Esteve, aparecían saturadas con sus escritos.

La prosa de Rosell era de lo más logrado y hermoso. Escritos a veces cortos y fructuosos, dignos de perduración; sobre todo, los firmados con seudónimos femeninos. Fue un gran defensor de los derechos de la mujer y de la plenitud del niño. Baste sólo citar a su hermosísimo librito ¡**La Educación de Vuestros Hijos, Hombres Libres!**, firmado por Germina Alba. Con este librito educador, Rosell colócase a la altura de Francisco Ferrer, Pestalozzi, Sebastián Faure, Magdalena Vernet, Elena Key, León Tolstoi y otros ilustres pedagogos.

La prestigiosa editorial libertaria «Estudios» de Valencia (España), le publicó su obra maestra educativa **Albores**, ilustrada con hermosa portada de Renau. Un crítico de la época opinaba: «Este libro viene a llenar un vacío que se experimentaba por falta de obras que ayuden a padres y educadores en la formación moral de sus hijos, que sepan despertar tanto en el hombre como en el niño, ese sentimiento fraterno, ese hondo calor de humanidad que cimenta el respeto propio y constituye la dignidad del individuo.»

Precursor de un Mundo Nuevo, al igual que otros utopistas del pasado, también Rosell escribió su utopía: **En el País de Macrobía**. Haciendo la crítica de la misma, Federica Montseny escribía en «La Revista Blanca» de Barcelona: «A la serie de utopías desde **La Ciudad del Sol** de Campanella, a nuestros días, puede agregarse sin desdoro, este bello libro de Albano Rosell, al que no se ha dado la importancia que merecía y a la que es acreedor por su galanura, su construcción y su visión de un futuro mundo ideal. **El País de Macrobía** puede colocarse dignamente junto al **Humanisferio** de Dejacques, y supera, en visión futurista, a **Las Noticias de Ninguna parte** de Guillermo Morris.»

Naturista de altura, escribió numerosos ensayos al respecto. Lo prueban **Naturismo en Acción**, **La Renovación de la Escuela desde el Punto de Vista Naturista**, **Naturología Humana**, **El Naturismo Integral** y **el Hombre Libre**, **Naturismo y Educación de la Infancia**, etc. Antonia Maymón escribía en la revista «Naturismo»: «En Rosell vemos sintetizados nuestros pensamientos.» El diario catalán «L'Humanitat» (1935) escribía: «No nos es desconocido

este autor, al que recordamos como un luchador avanzado convertido al naturismo, del que devino apóstol.»

Lejos de su tierra natal, siempre tuvo un gran amor por ella, a la vez que era un entusiasta universalista. La hermosa lengua de Jacinto Verdaguer resonaba sonora en su casa y era un deleite escucharle platicar con ella. Como no podría ser de otro modo, Rosell fue también fecundo escritor en catalán, idioma en el que ha dejado numerosos trabajos (sainetes, esbozos, poemas, dramas, conferencias, ensayos históricos, etc.) Citemos algunos títulos: **Els Llaminers**, **Plors del cor**, **Artistes**, **Els Llenyataires**, **El Dret a la Vida**, **La Fàbrica**, **Calvari**, **L'actual moment històric i els problmes educatius**, **Instrucció i Analfabetisme**, etc.

Admirador apasionado de Ibsen y de su teatro moral, la fecunda pluma de Rosell enriqueció el acervo teatral libre: **Espejuelos**, **La Argolla**, **En el Vacío**, **Aventando Cenizas**, **Risas y Llantos**, **Ruinas**, **El Condenado**, **Sirenas**, **Hipnosugestiomania**, etc. Pero, en este aspecto, posiblemente sea más recordado Rosell por su teatro infantil, esencialmente educador: **Fraternal**, **El Tío Corneja**, **Los Golosos**, **Cuando seamos mayores...**, **Colonia de los Amores**, **Maternología**, **Claror Lejana**, **Deberes**. En su obrita **Teatro Infantil** escribía Rosell: «Mis obritas van dedicadas a la infancia que halle en ellas alguna emoción, algún placer, alguna enseñanza, tanto como intérpretes que como espectadores.»

A nuestro juicio, sus obras maestras son **La Otra Humanidad** (narración social), y **En Plena Civilización** (divagaciones sobre ética sociológica). En ellas, Rosell, exponía el mundo venidero de sus anhelos, de nuestros anhelos, el mundo de la Libertad, hacia el cual se encamina la humanidad impulsada por estos hombres faros (siendo uno de ellos el propio Rosell) y por el avance arrollador y libertario de la ciencia al servicio del bienestar social y del avance técnico de la humanidad.

Uno de sus libros más bellos, producción del ocaso de su vida, fue **Floshilda Darien**. La Mujer, personificando la Belleza en nuestra especie; la Mujer Libre había sido en Rosell tema de luminosa hermosura; la floración moral de la Mujer el fin hacia el cual tendía; y la creación del Hombre Nuevo a través del Niño. Por algo su hijo se llamó Porvenir... Asistimos en nuestra época a un falso feminismo. La mujer imita al hombre viciada y mediocrizada por una sociedad sin alma. Con su maestría singular, Rosell analizó este tema en **Floshilda Darien**, alcanzando horizontes inigualados por otros pasados estudiosos.

Rosell editó él mismo casi todas sus obras, en un tiempo, ¡desgraciadamente ya ido!, en donde publicar era más fácil que en el presente. Su sello editorial era «Analectos». Y su «Ex-Libris» uno de los más hermosos que nos ha sido posible contemplar. Con sabio sentido de la economía, Rosell llenaba luminosamente todos sus espacios libres; después de la semblanza física, el rasgo fructífero. Véanse estos ejemplos: «Joaquín Costa (1846-1911). Su famosa premisa para la regeneración de España, consistente en despensas y escuelas, es todo un progra-

ma. Numerosísimas son sus obras y dignas de estudio.» «Eliseo Reclus (1830-1905). Humanista y geógrafo universal. Muchas de sus obras serían libros de texto en Escuelas Libres, si hubiese criterio racional en los hombres.»

La obra de Rosell merece ser recordada y reeditada, cuando las posibilidades sean buenas. Su ejemplo es digno de destacar, para el bien de las nuevas generaciones que, agarrando la flamígera antorcha del Ideal común, prosiguen la marcha hacia la Anarquía.

### LOS HERMANOS ELIAS Y ELISEO RECLUS, O DEL PROTESTANTISMO AL ANARQUISMO

(Ediciones «Los Amigos de Eliseo Reclus», París 1964).

La biografía de Eliseo Reclus ha sido escrita en 1939 por Pablo Reclus, hijo de Elías Reclus y sobrino de Eliseo. Discipulo de Eliseo en sus opiniones anarquistas, Pablo Reclus (1858-1941), quien debía pagar sus convicciones con un exilio de diez años, estaba más calificado que cualquier otra persona para exponer la evolución intelectual de su tío, y esta biografía, síntesis de la vida del pensador y del sabio que fue Eliseo Reclus, es el fruto de una larga meditación.

Pablo Reclus ha vivido en la intimidad de su tío Eliseo y ha trabajado con él. Como lo dice en sus «Recuerdos Personales» que se encontrarán en este volumen: «En mi infancia vivíamos juntos, en sus viejos días trabajamos juntos, y de 1870 a 1905 raros fueron los años en el curso de los cuales yo no pasara algunos días con él.»

Se notará por otra parte que la correspondencia y los otros escritos de Eliseo constituyen casi la mitad del texto de la biografía, texto que los comentarios del autor ligan con un orden lógico. Vemos así asegurado que la obra deja poco lugar a una interpretación personal, aunque sólo fuera parcial del pensamiento de Eliseo, puesto que éste mismo nos lo expone.

El manuscrito de la biografía había sido entregado por Pablo Reclus a los descendientes de Eliseo Reclus. Después de la muerte del autor, M. Teodoro Lafon tuvo el cuidado de hacer policopiar la obra, y de distribuirla a los miembros de la familia Reclus, con la cual le unían lazos. Nos ha parecido que, como documento de historia social, merecía una más amplia difusión y, colocándonos en este punto de vista, nos ha parecido útil añadir primero la **Vida de Elías Reclus** escrita por Eliseo en 1904 enseguida que su hermano murió y un año antes de su propio deceso, y luego un **Discurso** pronunciado en 1895 en la entrada solemne de la Universidad Nueva de Bruselas. De estos dos textos que se publicaron en la época en ediciones limitadas, el primero evoca en un estilo incomparable el medio familiar en el cual los hermanos Reclus fueron criados, y el segundo es una exposición por parte de Eliseo sobre sus ideas acerca de la educación. Siguen para completar los elementos biográficos precisados, algunos pasajes de los **Recuerdos Personales sobre Elías y Eliseo Reclus**, escritos por

Pablo Reclus en 1927 y aparecidos entonces, en inglés, en los Estados Unidos, en el libro de Joseph Ishill, **Elías y Eliseo Reclus, In Memoriam**, y en francés en un número especial de **El Sembrador**, hoy completamente agotado.

En anexo, el lector encontrará una breve cronología de la vida de Pablo Reclus, una noticia histórica sobre el lugar de origen de los Reclus, Sainte-Foy-la-Grande, noticia cuyos elementos nos han sido amablemente ofrecidos por un nativo del lugar, M. Jean Corriger, y por último una bibliografía de Elías y Eliseo Reclus.

### Los hijos de Pablo Reclus.

Siempre lamentamos que en Francia no se hubiese publicado una biografía sobre el gran Eliseo Reclus. Desde hace numerosos años circulaba en España y Argentina, la hermosa biografía sobre Eliseo Reclus debida a la incomparable pluma del Dr. Max Nettlau que, es de esperar vea asimismo la luz en el país de Molière. Este libro de Pablo Reclus llena pues un gran vacío.

Eliseo Reclus fue muy querido en España y en los países hispanoamericanos. En la Universidad de Montevideo (calle Tristán Narvaja) puede aún verse esculpido su nombre, junto al de otros sabios. El gran traductor de Eliseo Reclus fue Roberto Robert (que nosotros sólo hemos visto mencionado en **El Proletariado Militante** de Anselmo Lorenzo). Los libros de Eliseo alcanzaron gran difusión al ser publicados por la editorial valenciana Sempere y Cia. (más tarde también la editorial «Estudios» de Valencia hizo hermosas reediciones). En cuanto a la biografía de Nettlau apareció en Barcelona y fue publicada por «La Revista Blanca».

De Elías Reclus publicó la editorial barcelonesa «Granada y Cia.» su hermosa obra **Los Primitivos** (reeditada luego — 1946 — por la «Semca» de Buenos Aires). También de Onésimo Reclus se publicó algún título en España.

Bastaría la sola obra de Eliseo Reclus, **Evolución, Revolución y el Ideal Anarquista**, para merecer la gloria de la posteridad. Libro de todos los tiempos que puede vaticinarse alcanzará en el futuro numerosas ediciones. De sus escritos geográficos destaquemos aquí sus hermosísimas monografías **Historia de un Arroyo**, e **Historia de una Montaña**.

Y Eliseo Reclus nos dio su gran divisa, que es también la de todos nosotros: **¡La Anarquía es la más alta expresión del Orden!** Agradezcamos pues, que a este gran sabio y pensador del anarquismo, nos lo haya presentado, también por su parte, el publicista libertario belga Hem Day, en una serie de folletos dedicados a Eliseo Reclus; principalmente en el cuaderno n° 5 de «Pensamiento y Acción» titulado: **Eliseo Reclus, Sabio Anarquista**.

Como dato ilustrativo recordamos que una avenida marginal a la gran explanada parisiense donde está erigida la Torre Eiffel, lleva el nombre de Eliseo Reclus.

Este hermoso libro de Pablo Reclus, contiene cuatro ilustraciones fuera de texto. La primera, de Eliseo, será nueva para todos los lectores y mues-

POR UNA CONDUCTA HUMANA MEJOR

# La voluntad libertaria

por FLOREAL OCAÑA

(Continuación)

No somos científicos — al menos el que escribe —, y al hablar de las maravillas del Universo lo hacemos con lenguaje llano, el único que podemos emplear al referirnos a la **protoestrella** como de la gestación de un nuevo **ser** — del «estado embrionario» — estelar en el seno de una nube difusa de energía cósmica haciéndose visible. El **globulo nebuloso** podemos compararlo a una especie de «nuevo cósmico» sin cáscara conteniendo todos los elementos y materiales necesarios para la formación de una estrella. Los que ésta no «asimila» durante el proceso natural de su constitución suponemos son los que acaban formando otros pequeños cuerpos celestes. Al hablar de los materiales no «asimilados» nos referimos a las **energías** de parte de la nebulosa que no se concentró o integró, en el tiempo «normal», a la estrella, y que se dispersa rechazada o impelida por la radiación luminosa de ésta. Así nació el Sol o nace una estrella que tarda en formarse casi un millón de años. Llamémosle «edad» del recién nacido astro en el Espacio que inicia «esplendorosa» primera etapa de su evolución astral siendo el centro del sistema planetario que se desprendió de él mismo. Para algunos planetas al cabo de millones de años será fuente de calor y de vida de distintas especies biológicas, como el Sol lo es para las que aparecieron en la Tierra. Los astrofísicos han contado diez trillones de estrellas idénticas a nuestro Sol, gran número mucho mayores que éste.

La intensa contracción gravitacional de la estrella en formación y su rotación superior a la parte de la nebulosa que sigue envolviéndola van «despegándola» y dispersándola, al parecer, del modo que antes explicamos. Este sobrante — digámoslo

así — del **glóbulo nebuloso** se va fraccionando formando diferentes volúmenes de energía que van distanciándose unos de otros, y del mismo Sol o estrella hasta el límite relativo de ser atraídos «en razón directa de sus masas y en razón inversa al cuadrado de sus distancias» que logra mantenerlos en órbitas como las que describen los **astros** de nuestro sistema Solar. Condensándose y enfriándose pronto sus masas ígneas en virtud de sus reducidas dimensiones respectivas, comparadas con las de las estrellas, van formando los cuerpos sólidos que llamamos planetas, satélites, asteroides, etc.

Al llegar a este punto preguntamos: ¿Se deberá a caso a estas circunstancias que los mayores satélites — como la Luna, por ejemplo — de volumen inferior a los planetas se enfriaron antes — como entre dos fuegos se apaga primero el que menos combustible tiene de la misma calidad —, como también se agotaron rápidamente los cortos recursos existentes en los mismos que hicieron posible se iniciara el desarrollo biológico de flora y fauna que pudieron nacer y adaptarse al respectivo peculiar físico de cada uno de estos diminutos globos terráqueos? Muy cerca está el día que el hombre, pisando su suelo y penetrando en las entrañas de los satélites, lo averiguará y saldrá de dudas. Pero si en alguno de estos pequeños astros llegaron a existir animales inteligentes es obvio que no pudieron alcanzar el desarrollo de sus facultades mentales hasta el grado de poder descubrir y saber utilizar la energía de los átomos para intentar salvarse como el hombre en el planeta Tierra podrá intentarlo y lograrlo, seguramente, por haber tenido la suerte de nacer y morar donde le es posible alcanzar una mayor longevidad.

Son simples suposiciones; lo real parece ser que los cuerpos celestes de nuestro sistema planetario — y de otros sistemas solares — hayan podido o no tener en sus superficies terráqueas y acuosas especies vegetales y animales, seguirán vagando por el Espacio, rodando por sus órbitas, hasta el día que se descubran los fuegos blancos del núcleo del Sol y los **desvanezca** confundidos otra vez con la energía misma que los originó.

El estudio Minkowski-Haro en el que nos basamos para vulgarizarlo exponiendo, además, cuanto nos inspiró, lo consideramos un estudio completo

## LA VIDA Y LOS LIBROS

tra ya en su rostro la «bondad innata» a la que aludía E. Armand en la más hermosa poesía sobre Eliseo Reclus que conocemos nosotros. La impresión es buena y casi limpia de errores. En resumen, una verdadera joya para cualquier biblioteca, pública o privada.

V. M.

Ayuntamiento de Madrid

sobre las formaciones estelares, sin contradicciones que es la condición que reclama la verdad científica para ser admitida como tal. Pero es justo reconocer que lo iniciaron Guillermo Haro — que lo terminó con Minkowski — célebre astrónoma mexicana y George Herbig, del Observatorio de la Universidad de California, EE. UU. En el año de 1949 ambos sabios hicieron observaciones simultáneas al respecto y a sus descubrimientos los llamaron «objetos Haro-Herbig». Al mismo tiempo se da la razón a los estudios que en este mismo sentido iniciaron, posteriormente, Fesekov y Shmidt, célebres astrofísicos y a las observaciones que sobre el mismo estudio, coincidiendo, han estado realizando los astrónomos rusos del observatorio astronómico de Crimea descubridores de la «Nova de Hércules 1960».

Hemos hablado de la **energía** formando estrellas y cuerpos sólidos, **casualmente**, desintegrándolos y **desvaneciéndolos** con el tiempo la misma **energía** para llegar a la conclusión que más importa conocer, porque todo depende de sus cambios: de las **energías cósmicas**, que son permanentes, **no aniquilables**. Y todos los cuerpos u objetos observables formados por aquéllas están condenados a **desvanecerse**, a volver a confundirse con el Todo, pero no a desaparecer, a ser reducidos a la «nada». Si admitiéramos que la **energía** puede ser aniquilada significaría aceptar lo inadmisibile: que el mismo Cosmos puede tener fin.

Hablamos en estos términos porque los mismos físicos modernos usando todavía vieja terminología pueden producir confusión en las mentes de los profanos al proseguir diciendo, basándose en la  $E = mc^2$  de Einstein, que «la materia sólo puede desaparecer si se transforma en energía». Y ahora la Física añade que hasta «al corpúsculo se le puede aniquilar». Sin embargo consideramos que éste **no es**, forzosamente partícula de materia, fragmento de masa o de substancia, porque sus características son realmente energéticas en el lugar del Espacio que opera y sólo es observable, por medio de los más modernos aparatos que hoy tienen los físicos, de modo casi astral, al **manifestarse**, al operar.

Aunque lo digan sabios consideramos que tan erróneo es decir que «la materia puede desaparecer si se transforma en energía» como que «el corpúsculo hoy es aniquilable». No nos contradecimos con la Ciencia diciendo que es mejor no hablar de desapariciones y de aniquilamientos en el Universo. Resulta, a nuestro entender, más fácil y más claro para los estudios biocósmicos, partir de lo reconocido esencial: de la **energía** incorruptible, siempre existente. Esta certitud facilita el trabajo de vulgarización, porque es el meollo de todo, que lo forma todo. Así evitamos las confusiones y las complicaciones innecesarias pudiendo hablar, como lo hacemos llanamente nosotros, de **desvanecimiento** de la materia y de transformaciones de la energía en otras manifestaciones de energía al combinarse sus elementos, produciéndose en el Cosmos modificaciones eléctricas o magnéticas.

Consideramos que la terminología que usamos y

proponemos es la adecuada para aplicarla a los conocimientos y estudios actuales por eso hablamos, por vez primera, de **desvanecimientos** de los cuerpos, observables o no, por la intervención de las **energías cósmicas** que se **manifiestan**, sin tener, obligatoriamente, dimensiones y formas determinables, absolutas.

Es obvio que esta tesis la confirma cuanto ya expliquemos sobre el origen de las estrellas y de nuestro sistema planetario, y cómo se **desvanecen** y se reintegran a la energía **cósmica**. Decimos una vez más que la consideramos, acertada al observar que coincide con otras verdades del Cosmos. Y es que una verdad en éste ha de ir ligada a otra verdad fundamental del mismo para probar que es verdad. No puede existir una verdad aislada o separada de las demás verdades que el Cosmos engloba.

Aunque ya se sobreentiende la diferencia que establecemos entre **materia** y **energía** la vamos a concretar, casi gráficamente, con pocas palabras: que la **materia** se **presenta** y la **energía** se **manifiesta** sin lo cual no puede descubrirse, por observada ni con los más perfeccionados aparatos de Física. Cuanto hoy se **presenta** a nuestra vista como materia sólida — líquida o gaseosa — en el planeta Tierra, las rocas, por ejemplo, que pisamos o contemplamos como materia inorgánica, inerte, mañana, lejano, al ser derretidas y **desvanecidas**, con cuanto forma el globo terráqueo que habitamos — suponiendo que el hombre no lograra llevarlo a otro lugar del Espacio — transformados sus elementos formarán, otra vez, parte activa de los movimientos de las energías del Cosmos.

El hombre no sólo cuenta con los precitados aparatos capaces hasta de descubrir los **quanta** y observar distintos corpúsculos, que tanto ayudan a los físicos en sus investigaciones científicas sino, también, como es sabido, ha inventado y construído máquinas maravillosas con las que produce transformaciones de la materia y energía que puede aprovechar para su mal o para su bien, que es lo deseable. Con el ciclotrón, el **sincrotón** y otras máquinas más perfeccionadas, que podemos llamar «cañones» atómicos, produce altas velocidades de partículas que aumentan su potencia de penetración en los átomos al ser disparados sobre éstos. Bombardeando, por ejemplo, el aluminio con partículas de **alfa** se convierte en fósforo; el lito bombardeado o «cañoneado» con **brotones** se transforma en helio. Y sabe todo el mundo atento que la fisión de un átomo de uranio produce millones de veces más **energía** que la combustión de un átomo de carbono. Por eso eligieron el uranio para fabricar las primeras bombas atómicas, maldecidas por el mundo sensible.

Ha sido necesaria esta digresión sobre las formaciones y desintegraciones estelares, según se deduce de los más modernos estudios fisicoastronómicos, sobre, en fin, el «nacimiento» y el **desvanecimiento** de lo llamado materia, rozando apenas los cambios que hoy el hombre es capaz de producir con sus máquinas en los átomos, transformando la materia y produciendo energía para señalar y reafirmar lo

considerado por nosotros el único valor cósmico transformador que puede, incluso, de forma indeterminada, casual, transformarse a sí mismo y producir, repetimos, permanentemente, formas observables o no por el hombre: es la energía o las energías que se mueven en el Espacio, que todo lo invaden: hasta al mismo ser humano en el que alguna forma sutil de energía opera formando parte de su naturaleza, con la que vive y perece.

En el Espacio, operando está la fuerza de gravedad, estableciendo un casual y relativo equilibrio entre las formaciones ígneas, gaseosas y los cuerpos que vagan por aquél mientras que, cosa curiosa: las fuerzas en el juego del átomo son eléctricas y no debidas a la gravedad si es posible, volvemos a repetir — porque nos obliga a hacerlo el topar con más coincidencias —, que otras energías, correlacionadas con fuerzas eléctricas y electromagnéticas sean manejadas por la voluntad humana, forma en el hombre puede operar, porque solamente él es capaz, en el Universo, de adquirir y desarrollar energías psicológicas. Estas se manifiestan a través de su conducta, y lo presentan como el único ser material, observable, en el que se comprueban los determinismos psicológicos, los únicos existentes en el Espacio y en el planeta Tierra como lo prueban, hasta la saciedad, sus acciones y sus ideaciones en todas las actividades humanas: que sólo el hombre puede determinar modificaciones en cuanto lo rodea, a sabiendas de lo que hace. Todo lo demás, es decir, cuanto ocurre a su alrededor es natural, indeterminado, casual, sucediendo sin tener necesidad de suceder. ¿Pueden o no comprender nuestros contradictores estas sencillas y claras razones? ¿Seguirán diciendo que éstas las exponemos sin fundamento alguno?

Todo en el Espacio sucede naturalmente, sin sentir nada el Cosmos, en el que lo llamado por nosotros vivir y morir son equivalentes: energías en movimiento incesante; sin continuidad, porque no tuvieron principio para poder decirse que continúan moviéndose y produciendo cambios en las formas de ser; sin determinismo, por no ser causadas ni ser efectos de causas, y sin causalidad, porque todas las formaciones y dinamismos de las energías cósmicas son causales.

Se irá comprendiendo, más y más, por qué consideramos existe una diferencia fundamental entre hablar de materia o de energía variables en el Universo, que pueden originar fuerzas como la de gravedad y en nuestro propio organismo combinarse energías eléctricas, fisiológicas y psicológicas para producir la fuerza de voluntad.

La materia ya no la consideramos materia exactamente, como hasta hoy es corriente imaginarse: es pura energía. Producto de ésta es todo lo deno-

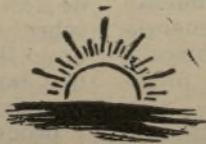
minado inorgánico tan llamado materia como lo orgánico, pero bien sabemos que volverán a reintegrarse a la energía universal por la acción de ésta misma en el permanente ser o no ser esto o aquello que en el Espacio es la misma cosa.

Lo hemos dicho de varios modos y podríamos seguir dando razones con términos y ejemplos distintos, hasta el infinito, sin término, que nos llevarían siempre a la misma conclusión: si lo hecho por algo, que sólo él puede hacerlo, vuelve al seno de dicho algo que lo hizo o lo formó de sí mismo ¿es o no éste lo esencial, lo que cuenta, el valor único permanente? Así lo creemos. Y es el caso de la materia que al hacerse presente, en formas y en dimensiones distintas, lo debe a la energía, terminando por retornar a ésta y formar parte de combinaciones energéticas.

Desde el átomo al Cosmos, pasando por el hombre, todo tiene relaciones y semejanzas que «son comunes a la materia como dice el Dr. R. Martínez, con el que no coincidimos al interpretar a la materia misma, a la luz de los conocimientos actuales, por ser la energía la generadora de todas las formas materiales de ser.

Acabamos de mencionar al átomo, del que decimos más arriba se presenta con propiedades integradoras de sus partículas diferentes a las que operan en el Espacio y en el organismo humano: eléctricas, de gravedad y psicológicas, respectivamente. Y ciertas semejanzas del átomo con el Universo y con el hombre, con respecto a las energías internas aquí libradoras, debemos exponerlas aunque sea brevemente:

Se ha dicho, repetidamente, que el átomo se asemeja al sistema solar. En efecto, en lugar del Sol está el núcleo central con planetas, aunque la velocidad de los electrones, rodando en órbitas alrededor del átomo, describiendo casi una esfera, es mucho mayor que la de los planetas que giran en derredor del Sol. Pero en el núcleo — como en el astro solar — radica la radioactividad, la energía interna, la energía nuclear que no sólo contiene los neutrones y los protones sino que a veces surgen de él, del núcleo, electrones también, otros rayos gamma y al dividirlo aparecen partículas inestables llamadas mesones, que los físicos interpretan como una transitoria materialización de las fuerzas que mantienen unidas, en reducidísimo espacio, a tantas partículas del átomo. Algo semejante a la función de la fuerza de gravedad en el Espacio y a la fuerza de voluntad, a nuestro entender, que el sujeto adquiere y utiliza, conscientemente, para equilibrar sus funciones — o debieran darle este buen sentido — sensoriales, emocionales y fisiológicas e integrar el género de vida que decide adoptar, que incluye la conducta.



# BAKUNIN

**E**L viejo Blanqui tenía por costumbre decir que la influencia de los acontecimientos está medida más por sus consecuencias indirectas que por sus consecuencias directas, — las primeras siendo siempre más importantes que las últimas.

Cuando se habla de Bakunin, es necesario medir su influencia, no tanto por lo que personalmente realizó como por la influencia que ejerció sobre quienes le rodeaban — sobre su pensamiento y su actividad —.

Sus producciones literarias no fueron numerosas. La Idea de Estado y el Anarquismo, el desarrollo histórico de la Asociación Internacional de los Trabajadores, Dios y el Estado, he aquí los tres pequeños libros que escribió. El resto: «El Imperio Knuto-germánico», «Cartas a un francés sobre la crisis actual», «La política teológica y Mazzini», «Los osos de Berna», etc., fueron folletos que escribió para responder a una cuestión de actualidad, o cartas que escribió a compañeros y que alcanzaron la forma de un folleto. Los libros indicados más arriba tuvieron el mismo origen.

Bakunin se ponía a escribir un libro sobre un asunto de actualidad. Pero su carta se volvía pronto un folleto y éste un libro, pues, con su profundo concepto de la filosofía histórica y su conocimiento inmenso de informaciones sobre los acontecimientos contemporáneos, tenía tanto que decir que las páginas se llenaban pronto.

Si pensamos solamente a lo que sus amigos y él — y sus amigos eran Herzen, Ogareff, Mazzini, Ledru-Rollin, y todos los hombres de acción mejores que vivieron en la década revolucionaria de 1840-1850 — habían pensado y sentido durante los sueños que vivieron en los años de esperanza que precedieron a 1848 y los años de desesperación que siguieron; si recordamos el periodo que habían atravesado, comprenderemos fácilmente la masa de pensamientos, imágenes, hechos y argumentos extraídos de la vida real que habían hecho impresión en el espíritu de Bakunin. Comprenderemos pues por qué sus generalizaciones de la filosofía histórica están tan ricamente ilustradas con hechos y pensamientos extraídos de los acontecimientos contemporáneos.

Débase notar sin embargo que cada folleto salido de la pluma de Bakunin marcaba un tiempo de la historia del pensamiento revolucionario en Europa. Su discurso en el Congreso de la Paz y de la Liga de la Libertad, fue un desafío lanzado a todos los radicales de Europa. Bakunin declaraba que el radicalismo de 1848 había ya pasado a la historia y

que una era nueva — la era del socialismo del trabajo — había nacido; que, paralelamente a la cuestión de la libertad política, se planteaba la cuestión de la independencia económica, la cuestión del derecho de propiedad y que, en lo sucesivo, éste sería el factor dominante de la historia en Europa.

Su folleto, dirigido a los mazzinianos, anunciaba el fin del periodo de las «conspiraciones» para la independencia nacional y el comienzo de la revolución social. Anunciaba también el fin del socialismo cristiano, sentimental, y el comienzo del comunismo ateo, realista. Su famosa carta a Herzen sobre la Internacional y el realismo de Bazaroff tuvo el mismo significado para Rusia.

«Los osos de Berna», son una palabra de desdicho al democratismo filisteo suizo. «Las Cartas a un francés», escritas durante la guerra de 1870-71, leían al radicalismo de Gambetta, son una llamada para la era nueva que pronto encontró su expresión en la Comuna de París — aquella insurrección que, haciendo litera de la idea del socialismo de Estado según Luis Blanc, proclamaba la idea nueva de una Comuna comunista. La Comuna levantándose en defensa del territorio y comenzando la revolución social en su propio recinto, — he ahí lo que recomendaba como medio para rechazar a la invasión alemana.

«El Imperio Knuto-germánico», es la visión del viejo revolucionario que percibe perfectamente la reacción que invadirá Europa en los treinta o cuarenta años que seguirán, como consecuencia del triunfo del concepto militarista de Bismarck patronizando a Lasalle. Este folleto indicó una toda nueva tendencia del pensamiento moderno, en los países latinos, hacia el comunismo no estatal o anarquismo.

Finalmente, «La Idea de Estado y el Anarquismo», «El Desarrollo de la Internacional», y «Dios y el Estado», a pesar de sus formas de folleto combativo (debido a que fueron escritos para las necesidades del momento) contienen para el lector que piensa, más pensamiento práctico y comprensión filosófica de la historia que el montón de tratados universitarios o socialistas estatales en donde la ausencia de ideas profundas se enmascara con una dialéctica nebulosa.

No se encuentran en ellos recetas prefabricadas para la cocina política. Los que esperan encontrar en un libro la solución de todas sus dudas sin tener que pensar ellos mismos, se decepcionarán con las obras de Bakunin. Pero si se es capaz de pensar por sí mismo, si se mira a un libro como una producción destinada a provocar reflexiones indepen-

dientes — como una conversación con un hombre inteligente que excita vuestra inteligencia —, en este caso las generalizaciones ardientes de Bakunin, siempre desordenadas, a veces luminosas y chispeantes, ayudarán más en su evolución revolucionaria que todos los tratados más arriba citados.

No obstante, la fuerza principal de Bakunin no reposaba en sus escritos: estaba en su influencia personal. Fue él quien hizo de Byelnisky (1) lo que luego éste fue para Rusia, el tipo del socialista revolucionario, nihilista, intransigente, tipo personificado más tarde en nuestra admirable juventud rusa de los años 1870 y siguientes. Fue Bakunin quien provocó el nuevo nacimiento de Byelnisky. «Usted es mi padre espiritual», escribió a Bakunin.

En París, en 1847, y en Alemania, en 1848, su influencia sobre todos los hombres de marca fue inmensa. En su Perfecto Wagnerita, dice Bernard Shaw chanceando que en Siegfried ignorando todo temor y raptando a Brunehilde por la fuerza de su amor irresistible, Wagner personificó a Bakunin, al lado del cual se encontró en la revolución de Dresde. Muy probablemente no fue personalmente a Bakunin, sino al tipo de revolucionario indomable que Wagner buscó a personificar en Siegfried, y seguramente en su creación. Wagner se impresionó con su intrépido amigo. No solamente sobre Wagner, sino aun sobre George Sand, sobre Herzen, sobre Ogaroff, sobre el medio de jóvenes socialistas parisienses, sobre la joven Alemania como sobre la joven Italia — e incluso sobre los jóvenes suecos —, Bakunin ejerció en su tiempo una influencia de las más potentes. Los contemporáneos decían de él: «Era imposible de aproximarsele y de no sentirse penetrado por su espíritu revolucionario, de no sentirse arrastrado por su argumentación revolucionaria.»

Lo mismo ocurrió en 1862, cuando después de haber huído de Siberia, se reunió con sus amigos de Londres e inmediatamente a su retorno, empezó a organizar las fuerzas revolucionarias.

Es posible, como su amigo Herzen le reprochó después del fracaso de la insurrección polaca, que haya puesto más esperanza en quienes se le aproximaban que la que merecían. Pero, ¿no se ha dicho la misma cosa de Mazzini y de todos los otros sinceros revolucionarios? Tal vez ejerció una influencia tan mágica porque creía en el hombre, porque creía que la gran causa a la cual le enrollaba haría surgir en el recién llegado todo lo mejor que en él había. Y es lo que ocurría. Con la influencia de Bakunin, el personaje daba a la revolución todo cuanto era capaz. Hacía llamada a las cualidades más nobles del hombre; y si algunos, los que se esforzó en inspirar, no respondían plenamente a su esperanza, los políticos sin escrúpulos que traficaban en el socialismo y abundaban en las filas de sus adversarios marxistas, no lograron nunca captar su confianza.

Los hombres que Bakunin agrupó en su famosa alianza — Varlin, Eliseo Reclus, Caffiero, Malatesta, Fanelli (su emisario en España), James Gui-

llaume, Schwitzguebel, etc., — esos hombres eran de lo mejor que las razas latinas habían producido hasta entonces. El juicio de Bakunin sobre los hombres era maravillosamente exacto. Léase, por ejemplo, lo que escribió de Nechaieff, de quien había asombrosamente indicado los lados buenos y malos. ¿Quién podría añadir algo a este estudio de un carácter?

Pero su influencia sobre los hombres tenía una significación más amplia: lo que llama la atención, es el nivel moral excesivamente elevado de los hombres que se agruparon alrededor de él, en Europa occidental, como sus amigos íntimos. Yo no he conocido personalmente a Bakunin, pero he conocido muy íntimamente a la mayoría de quienes trabajaron con él en la Asociación Internacional de los Trabajadores y que Marx, Engels y Liebknecht persiguieron con un odio irreconciliable. Mantengo lo que acabo de decir frente a quienes los odiaron tan amargamente. La historia, estoy seguro, confirmará mi apreciación. La revolución social contó entre ellos a una falange de sus mejores partidarios y defensores.

Yo he mencionado brevemente, en «Memorias de un revolucionario», la actividad de Bakunin en el seno de la Internacional, en el momento en donde la derrota aplastante de Francia, el aplastamiento de treinta y cinco mil trabajadores parisienses después de la caída de la Comuna, el triunfo del imperio alemán, habían inaugurado un periodo de reacción que dura aún — en donde Marx y sus amigos se esforzaban, por toda clase de intrigas, en transformar la Internacional, creada con el fin de una lucha directa contra el capitalismo, en un arma política parlamentaria en manos de aquellos trabajadores que pronto iban a pasar al campo de los filisteos — en aquel momento las federaciones federalistas de la Internacional, inspiradas por Bakunin, se volvieron la única fortaleza aun en pie contra toda la reacción europea.

Es Bakunin y a sus amigos que debemas pues, en un gran grado, que el espíritu revolucionario — infundido en grandes dosis por la Internacional en las masas obreras — sea mantenido en los países latinos y a un punto tal que impidió el movimiento retrógrado comenzado en las clases medias, hasta hace poco radicales, arrastrar a los trabajadores en su caída.

Entre aquellos obreros nació y creció aquel joven poder que, abandonado pronto por los ex revolucionarios radicales, tomó en sus manos, en Europa, la lucha por la libertad y se desarrolló gradualmente hasta volverse el anarquismo comunista con su ideal de igualdad política y económica, y su osada negación de la explotación del hombre por el Capital y el Estado.

Trad. V. M.)

Pedro Kropotkin

(1) Byelnisky era un gran crítico ruso de los años 1840-50. Al fin de su vida, se volvió comunista y revolucionario, impidiendo su muerte sola el que fuera detenido.

# MIGUEL SERVET

A Servet merece le sean arrancadas las entrañas.

(Sermón del P. Bucero)

INDISCUTIBLEMENTE la figura española de trascendencia universal, más atrayente por el halo romántico que rodea su vida, es Miguel Servet.

Servet encarna en su vida y en su obra factores tan castizamente españoles y tan representativos del espíritu liberal español del siglo XVI, que, independientemente del valor positivo de su descubrimiento médico, de la certeza o falsedad de sus teorías teológicas y de la obra literaria y geográfica que lega a la posteridad, la sola trayectoria de su vida es ejemplo e imagen del español exiliado, en voluntario y doloroso destierro, por mantener incólume su libertad de pensamiento y acción.

No se ha hecho todavía, aunque algunos la hayan esbozado, una historia de las emigraciones españolas. De ella surgirá patente un hecho único y sorprendente en la historia de un pueblo. España, desde tiempos muy remotos, se desprende periódicamente de lo más florido y avanzado de la intelectualidad enviándola a rodar, desvalida y desconectada, por países extraños e inconexos. Pocos de estos españoles vuelven a su patria, y sin embargo, ¡eh aquí lo maravilloso del español!, estos expulsados o huidos son los que más han elaborado y con mayor eficacia por el conocimiento universal de España y a quienes se debe la mayoría de los hechos universales de la historia española.

Hay, en la historia de España, emigraciones tumultuosas y nutridas como la expulsión de los judíos; hay otras independientes y forzadas como la de Antonio Pérez, el bribón que se jugaba la cabeza quedándose en España. Pero hay también los éxodos callados y tranquilos, los volunta-

rios, los puramente ideales, movidos únicamente por el sentimiento de justicia y libertad que, al abandonar España, lo hacen con el alma transida de dolor en busca de una atmósfera más tolerante y más libre.

En este tipo de emigrados, que hacen legión a través de la historia, unos brillan por su valer intelectual propio; otros pasan inadvertidos en la tristeza profunda de la lejanía y sin más recompensa que la satisfacción personal de su recto comportamiento. En estos emigrados voluntarios es donde se han reunido los valores más altos de la intelectualidad emigrada. El ejemplo de siempre es Vives. Exilado voluntario, instado a volver con promesas de bienestar y honores, que sabe resistir firme en su rebeldía, con la conciencia clara de sus hechos y el dolor profundo por la patria abandonada.

Marañón, en su época de exilado transitorio, escribió un ensayo sobre Luis Vives. Lo escribió en París y el lector percibe que mientras dejaba correr la pluma modelando sus ideas, se sintió también un poco Luis Vives. Sin embargo, al prologarlo con una rápida visión de los españoles exilados olvidó a Servet. Olvido tal vez premeditado y forzado por la situación. Servet no era el tipo que convenía glosar en aquellos momentos. Era tal vez demasiado heterodoxo para una España como la actual que llega a concordatos inadmisibles por vergonzosos. Y sin embargo Servet es una figura heroica de exilado español; tan heroica, que a los cuarenta años, después de más de veinte apartado de su patria, cuando ya es hora de que las pasiones se serenen y la vida se contemple sosegada y reflexiva-

mente, abandona una posición desahogada y honrosa para entrar a luchar en el cubil del enemigo hasta perder la vida en defensa de sus ideas.

La familia Servet tenía un apodo. De padres a hijos añadían a su nombre el alias familiar. Las escrituras del notario de la villa de Xixena, padre de nuestro héroe, aparecen firmadas muchas veces como Antonio Servet alias Revés. Miguel, el hijo, firma sus primeras obras teológicas y anti-trinitarias como **Micaelo Serveto, alias Revés**. Tener un apodo entre la población rural de España, y más en la época casi medieval en que nace Servet, no tendría ninguna importancia, si no fuese que ese apodo nos resulta dato fundamental para comprender a Servet y su espíritu. Revés, Rebes o Revec, en algunas partes de Cataluña (1) quiere decir literalmente **bofetón**, pero en sentido figurado se aplica para calificar a una cosa o persona de enrevesada, difícil, contradictoria o aviesa. Y aquí tenemos algo muy valioso para empezar a descifrar a Servet y explicarnos, en parte, su carácter. Carácter que debía venirle de raza ya que su padre también mantenía el mismo sobrenombre familiar.

Servet, lo vemos en sus obras, es enrevesado, persistente, contradictor de todos y avieso. Pero avieso, en el verdadero y primitivo sentido de la palabra, que quiere decir: desviado, torcido, fuera de regla. Así se nos presenta toda su vida. Es difícil encauzarlo por los caminos manidos. En religión hace su propia interpretación bíblica y la sostiene hasta la muerte. En medi-

(1) También en Aragón, «te doy un revés», indica dar una bofetada con el dorso de la mano. (N.D.L.R.)

cina se aparta del saber tradicional y describe algo importantísimo. En geografía se arranca contra Ptolomeo dejándolo irreconocible, aunque naturalmente tan desviado de las creencias tradicionales que algunos de sus párrafos pasaron a la Inquisición.

Tan independiente y enrevesado resultó Servet el **Revés** y tan poco amigo de seguir a ojos cerrados la ciencia tradicional y las creencias oficiales, que pronto tuvo necesidad de abandonar su patria y hogar. España nunca ha sido un lugar propicio para que progrese el libre pensamiento, máxime si éste florece en el siglo XVI y en materia religiosa. Desconocemos si tuvo algún tropiezo antes de salir o si lo hizo espontáneamente en busca de espacios menos cargados y atmósferas más libres. Lo que sí está comprobado es que al abandonar España, a los diez y siete años, ya era docto en leyes e idiomas y había desertado de la fe católica. Entonces es cuando empieza a crear por su cuenta una nueva interpretación de las Escrituras, tan desconectada de todas las demás, que le hacen decir a Menéndez y Pelayo (biógrafo puntual pero afectivo): **Servet, ni fue ortodoxo, ni luterano, ni anabaptista, sino heresiarca sui generis con aires de reformador y profeta.**

Y aquí tenemos retratado a Servet, no es hombre que pueda unirse a un grupo; no puede seguir apegado a una ortodoxia que no siente y se lanza sólo con el fuego de su dialéctica y la espada de su pluma a luchar contra todo y contra todos para imponer sus ideas. Tiene su criterio propio, a veces erróneo, sobre las interpretaciones bíblicas pero no cede ante nada ni ante nadie. Casi todos sus biógrafos han empleado el símil de considerarlo un Alonso Quijano. Un español al que se le ha despertado el Quijote que todos llevamos dentro y lo ha arrastrado movido por la fuerza espiritual de sus ideas, a una existencia inverosímil. Hasta la misma imagen que de él nos ha quedado lo representa extenuado, pálido, estático y con la barba corta y puntiaguda que sabemos usara el imaginario, pero real,

Hidalgo castellano. El mismo Menéndez y Pelayo pierde por un momento la severidad con que siempre lo trata como enemigo de su fe para prodigarle un piropo y llamarle **Espíritu franco y abierto, especie de caballero andante de la Teología.**

Servet fuera de España lleva una vida novelesca y novelada. Inquieto por naturaleza no puede quedar inactivo frente al tremendo choque y rotura de la espiritualidad que se está produciendo. Quiere meter baza en la Reforma. Pero otra vez es el **Revés** quien le impide unirse a ninguna de las tendencias ya esbozadas estatuidas. Entonces él inventa la suya y la pasea triunfante por Europa. Lutero, Zwinglio y Calvino le parecen muy moderados en sus ideas; sus Iglesias las encuentra poco nuevas. El punto de batalla por el cual mide a los demás reformadores, es el dogma de la Trinidad. Mientras una Iglesia lo siga admitiendo, será para Servet tibia e indecisa su Revolución. En su intransigencia y rebeldía de los veinte años no tiene reparos para afirmar que todo lo acordado en el Concilio de Nicea varios siglos antes es nulo y sin valor.

Y como su aviesa naturaleza (recordemos lo que quiere decir avieso) le empuja, no encuentra inconveniente en visitar uno por uno a los mayores reformadores para aconsejarles eliminar el dogma trinitario de la nueva Iglesia evangélica. Esta tenacidad le pierde. Martín Bucero, Capiton, Ecolampadio, son visitados, pero no convencidos, y naturalmente entre ellos se avisan y avisan a los restantes, del peligro que el español representa para sus ideas. Servet apenas ha cumplido 21 años cuando ya Bucero ha declarado desde el púlpito, con la más tolerante caridad cristiana, **que merece le sean arrancadas las entrañas de su cuerpo viviente.** Zwinglio por su parte ha escrito a Ecolampadio **que es indigno de respirar quien así blasfema,** y Servet obstinado y rebelde, al conocer estas amenazas, lanza a la imprenta un libro conteniendo sus ideas y teorías. El libro se llama **De Trinitatibus erroribus.** No podemos ni sabría-

mos analizarlo, pero sí podemos afirmar un hecho cierto. Desde el momento de la aparición del libro no queda un solo reformador o católico que no esté en contra de Servet y vea en él a un auténtico demonio suelto en la tierra.

Un episodio de esta lucha de Servet contra toda la cristiandad por imponer sus ideas ha pasado inadvertido para casi todos sus biógrafos. Nos referimos a las relaciones de Servet con Erasmo, que tan sagazmente ha sabido descubrir Bataillon. Cuando en 1532 la corte de Carlos V se reúne en Ratisbona, la atención de todos los presentes es para el libro de Servet. El autor, ignorado por casi todos los asistentes, es en cambio conocido del Dr. Quintana, el confesor del rey, de quien fue paje en Italia. Este al examinar el libro cree encontrar en él una clara influencia o colaboración alemana. Erasmo se aterra, ya sabemos que su carácter era bastante pusilánime, y en el acto declara y hace saber que no tiene nada de común con el hereje de Servet. Pero, y esto es lo más importante por ser lo que no encontramos en ninguna biografía servetiana, Erasmo advierte que Servet ha querido ir a visitarlo y someterle su obra, pero él se ha negado a recibirlo y oírlo. Dice Bataillon: **El hecho de que Servet haya buscado la aprobación de Erasmo es infinitamente curioso.** Y nosotros añadimos: ¿Hubiera cambiado en algo la trayectoria espiritual de Servet si llega a tener la ocasión de hablar con Erasmo? Indudablemente, Servet, como otros muchos de sus contemporáneos españoles, debió de recibir el estímulo de la rebeldía teológica a través de las obras erasmianas y al tratar de exponerle sus ideas buscaba con seguridad un apoyo moral en el viejo maestro. ¿Quién sabe? El hecho real es que Erasmo esquivó a Servet tratando con seguridad de no comprometerse más de lo que hasta entonces estaba.

La atmósfera estaba muy caldeada. Servet es perseguido por tirios y troyanos. La posición de **heresiarca sui generis** es difícil mantenerla en un clima cargado de pasiones y resentimientos. Entonces decide desaparecer, esfu-

marse, cambiando de nombre y de país para despistar a sus enemigos. Así es como nace Michel de Villeneuve. Surge una mañana en la universidad parisina para comenzar la que pudiéramos llamar época fecunda de su vida. Su profundo conocimiento de lenguas y humanidades le abre las puertas del trabajo más adecuado a su saber, y se traslada a Lyon para corregir y comentar la geografía de Ptolomeo que van a editar los hermanos Gaspar y Melchor Trechsel. El resultado es grandioso. De su pluma sale el Ptolomeo irreconocible; ha modificado conceptos, nombres, distancias, le ha añadido notas aclaratorias y un largo prefacio. Los mapas son explicados, una nueva tabla sirve para convertir todos los grados en equinocciales, otra indica las distancias y un copiosísimo índice ayuda al lector en la busca de datos. Servet queda consagrado desde entonces como el geógrafo más distinguido de su tiempo y considerado hasta como el padre de la Geografía comparada. Pero al acabar la edición se acaba el interés geográfico. Nuevos libros entran a las prensas y nuevos temas pasan, para ser corregidos, sobre la mesa de Servet. Abundan los libros médicos y Servet se aficiona a ésta, para él nueva ciencia, donde encuentra argumentos con que afirmar sus dormidas teorías teológicas.

En Lyon ejerce la medicina Sinfioriano Champier hombre mediano y vanidoso, con buena erudición, una ambición sin límites y autor de innumerables obras médicas e históricas. Servet se aficiona a su trato y termina por servirle de ayudante y amanuense. De él recibe las primeras nociones de ciencia médica, dictadas en una ortodoxia galénica pura, pues Champier es un furibundo galenista. Ya veremos cómo Servet también se aparta pronto de Galeno.

De esta estancia en Lyon, y en casa de Champier, tenemos otro dato que tampoco ha sido recogido por los biógrafos servetianos. Servet en sus años lyoneses traba conocimiento, precisamente en casa de su maestro, con un joven a quien acaban de nombrar

médico del Hôtel-Dieu de Lyon. Es también de erudición vastísima y acaba de iniciar por su cuenta la recuperación de textos hipocráticos y galénicos adulterados en su paso medieval. Este joven, antítesis espiritual de Servet no obstante la comunidad de algunas inquietudes, es Francisco Rabelais. Ignoramos con exactitud la realidad de su trato. Pero la imaginación nos lleva a suponer cómo sería el choque entre espiritualidades tan opuestas. El idealismo de Servet frente al realismo de Rabelais debieron de producir verdaderas chispas al ponerse en contacto.

La inquietud de Servet le impide seguir en Lyon. Y conoce algo de la medicina. Lyon le viene estrecho y el Revés no se siente a su gusto, no es su campo, no tiene ocasión de polémicas y discusiones. Nuevamente emigra a París. En París se doctora en medicina, escribe un libro de terapéutica importantísimo por las aportaciones originales que contiene y las divergencias con Galeno, cuyo sistema sigue en lo fundamental. También se dedica a la Astrología escribiendo un tratado que como todo lo de Servet es una válvula de escape para su rebeldía y naturalmente termina en la Inquisición y su autor amonestado. El Revés, que ahora está oculto, sigue rebullendo y Servet a duras penas puede acallararlo. En París tiene la desgracia de tropezar con Calvino, discuten y, naturalmente, no se entienden. Desde entonces, traídoramente Calvino le acechará y durante más de veinte años acumulará documentos y pruebas que, sagazmente utilizados, servirán para encubrir su asesinato legal por unos jueces sometidos a su voluntad.

Pero no adelantemos los acontecimientos. De su estancia en París surge otro de los grandes y tal vez el más importante hecho de su vida. Nos ha quedado un testimonio inestimable de cómo Servet en París colabora con los anatómicos más famosos de la época. Silvio, Fernel y Winter. Este último es quien nos ha legado la referencia de Servet, dice así: **Tuve por auxiliares a Andrés Vesalio, joven (¡por vida**

**de Hércules!) muy diligente en la anatomía, y a Miguel Villanova, varón en todo género de letras, eminente y a ninguno inferior en la doctrina de Galeno. Con la ayuda de éstos examiné en muchos cuerpos humanos las partes interiores y exteriores, los músculos, venas, arterias y nervios, y se los mostré a los estudiosos.**

Aquí está el origen de los conocimientos sobre la circulación sanguínea, tema que ha hecho verdaderamente inmortal a Servet por encima de todas sus lucubraciones teológicas. Como este es el punto más debatido de su vida y la razón fundamental de que hoy nos estemos ocupando todavía de él, creo que merece tratarlo con algún detenimiento. Además mis ideas sobre ello discrepan en algunos puntos con lo que muchos historiadores admiten y por ello quiero fijarlas.

Los médicos por deformación profesional tenemos frecuentemente una visión unilateral de muchos problemas. Y en el caso de Servet han sido principalmente los españoles aquellos que han querido convertirlo en el descubridor de la circulación sanguínea. Esto no es verdad más que a medias. Algunos llevados de su entusiasmo incluso han llegado a afirmar que sus teorías sobre este tema fueron la causa de su martirio y muerte. Esto sí es completamente falso. Pero además debemos considerar que reducir la figura de Servet a un simple campo de investigación médica es empequeñecerla. Servet es un espíritu tan por encima de este problema que tratar de polarizarlo en un solo sentido es achicar y disminuir la grandeza de su figura.

Cierto que Servet conoció y describió la llamada circulación menor. No la totalidad de la circulación sanguínea como también han afirmado muchos de sus biógrafos. Probablemente, la estudió y observó en París en sus tiempos de anatómico mientras trabajaba con Vesalio y Winter. No dio momentáneamente publicación a sus observaciones considerando, tal vez, que con ellas no modificaba ningún concepto de aplicación inmediata. Sin embar-

go Servet conocía perfectamente el alcance anatómico y fisiológico de sus nuevas teorías, pues antes de exponerlas como argumento teológico para explicar la acción del Espíritu Santo sobre la Naturaleza humana, advierte que con ello va a explicar los principios de las cosas ocultas antes a los mayores filósofos.

El atisbo de Servet es genial. Es una descripción exacta de un hecho hasta ese momento ignorado y, lo que es peor, admitido de manera falsa y sostenido por siglos en su concepción errónea. Que la sangre pasaba desde las cavidades derechas del corazón a las cavidades izquierdas, venía diciéndose desde los remotos tiempos de Galeno, quien tal vez recogió la idea de Erasistrato. Nadie dudó nunca que tal cosa ocurriese. Lo peregrino e inexplicable es cómo, durante siglos, se aceptó, con Galeno, que esta sangre pasaba de uno a otro ventrículo filtrándose a través del tabique o septo interventricular del corazón. O sea, atravesando precisamente la pared más compacta y maciza de todo el órgano y la única en que no hay vasos visibles. Muchos anatómicos anteriores a Servet dudaron de la veracidad de esta afirmación galénica. Unos como Mundinus, sin negarla, la creen difícil; otros, como Berengario de Carpi asientan en sus obras que los poros de comunicación interventricular *in homini cum maxima difficultate videntur*. El propio Vesalio, tampoco encuentra esas comunicaciones interventriculares pero sin embargo termina por admitir la posibilidad del paso de la sangre.

Es Servet, quien por primera vez, sin titubeos ni claudicaciones, afirma, como siempre en todas sus cosas, fuera de lugar y en texto inadecuado, que la sangre no pasa por el tabique; que antes de llegar al ventrículo izquierdo ha recorrido un largo camino por la vena arteriosa, el pulmón y la arteria venosa, y que es durante este *magno artificio* cuando se repurga y cambia de color. Un resquemor galénico, de cuya teoría nunca intentó ni quiso apartarse en este caso, le hace escribir una frase concilia-

toria, que han utilizado sus enemigos para restar importancia al descubrimiento. La trascendencia de esta observación está ya detenidamente estudiada en muchos tratados y nosotros mismos le hemos dedicado un estudio reciente.

Lo que ocurre después con la idea, desde el momento en que Servet la lanza, hasta el día que Harvey ofrece al mundo su genial y revolucionario descubrimiento de la Circulación Sanguínea, no es este el momento de describirlo. Servet descubrió que la sangre circulaba a través del pulmón, modificó el tradicional tránsito sanguíneo intracardiaco. No dio pruebas de sus observaciones ni siquiera las publicó en un texto médico. Es por tanto el precursor más importante y primero del descubrimiento de la circulación sanguínea, a quien se debe el germen original del descubrimiento y, si queremos, el despertar de la duda científica. Pero, cuidado, no es el descubridor del verdadero mecanismo circulatorio, labor que corresponde a Harvey con métodos y técnicas mucho más adelantados de lo que Servet podía utilizar.

Un día el inquieto Servet desaparece de París. El torcido Revés parece estar dormido y Servet se acoge a la vida fácil y blanda de médico del Arzobispo de Vienne del Delfinado. Allí es respetado, querido, gana dinero a manos llenas y ningún burgués de los que acuden a su consulta sospecha el terrible germen que aquel médico bondadoso y sabio lleva dentro de su alma. Pero la inquietud le bulle por dentro, la rebeldía dormida estalla, y Servet se lanza nuevamente a exponer sus teorías teológicas y antitrinitarias. Escribe un nuevo libro, en el que hemos visto cómo describe la circulación, lo edita y lo envía precisamente a sus enemigos.

La continuación es bien sabida: interviene la Inquisición, se le busca, se distrae el asunto que no pasa a mayores y Servet sin que conozcamos la causa abandona su casa y la protección arzobispal para irse a meter preci-

samente en Ginebra y en la iglesia donde Calvino, su mayor enemigo y el más enconado, está predicando.

La detención irregular, el proceso anómalo, la exigencia de pena de muerte, y todos los demás detalles de este bochornoso acto de la iglesia calvinista están en la mente de todos y hay documentados libros que los describen puntualmente. No tiene objeto repetir aquí el martirio de Servet; Voltaire, Tolin, Menéndez Pelayo, etc., se ocuparon de consignarlo. Zweig lo ha descrito recientemente con la elegancia de su pluma y el hondo sentido humano de su imaginación. Generle ha dedicado un libro novelado pero sentido. Nosotros mismos también nos ocupamos de él en un reciente librito de historia médica y además está en la conciencia de todo hombre culto y ávido de Justicia.

Cuando las llamas apagaron la vida del mártir sin hacerle adjuar un ápice de sus ideas y destruyeron las páginas de su obra, allá en España, en la patria querida donde nunca volvió, encontramos un eco. Allí también emudeció la pluma del escribano Antonio Servet. Desde esa fecha no vuelven a encontrarse documentos firmados por el notario de Xixena. Tal vez la misma hoguera en que murió el hijo hizo morir de pena al padre. Al viejo Revés, que ansioso seguiría el proceso rezando para librar el alma de aquel hijo querido a quien había transmitido el germen de la inconformidad y la rebeldía.

Un altar con retablo valioso aparece mandado construir aquel mismo año por la familia Servet en el Monasterio de Xixena. Probablemente fue obra expiatoria levantada para ayudar al perdón divino de aquella alma inquieta que con su muerte humana nos supo demostrar cómo los más llamados a comprender y tolerar suelen ser los más intransigentes y vengativos; pero nos enseñó también cómo muere un español en defensa de la libertad de sus ideas mantenidas hasta el último suspiro aunque éste sea entre llamas purificadoras y humo asfixiante.

## POETAS DE AYER Y DE HOY

# ROMANCE DE LOS NOCTAMBULOS

Me hiere la noche y hiere  
sin la promesa del alta,  
como si yo fuera hierro  
diluído con el agua.  
A la sombra de mi muerte  
duerme la mar con sus alas  
y unos encajes menudos,  
tiernas hojitas de albahaca.  
La sombra impura me hinca  
su agudo deajo en el alma  
y no tengo que decir  
que por las altas barandas  
el charol y el amarillo  
con el verde me apuntaban.  
Esta gente que ahora mora  
la perdida madrugada  
se está llevando otra gente  
a estamparse tras las tapias  
con un bramido de sangre  
que por todo, loca, salta.  
Si yo tuviera aquí mismo  
un escondrijo y mi cama,  
me quedaría creyendo  
sólo en cielos entre sábanas.  
No tengo más que un dolor  
de niño cuando lo arrancan  
de su madre y sus ensueños  
y le presentan de pronto  
la muerte de cara a cara.  
Yo vi en mi luz liberal  
ramo claro de esperanzas  
para los ojos resecos  
que en sus yermos tuvo España.  
Me dí cuenta que esa luz  
debía a todos cantarla  
señalándoles la forma  
de lograr enamorarla.  
Y como soy lo que soy,  
hombre que arde y que clama,  
hice públicos mis nardos  
en siempre líricas varas.  
La falange de la envidia,  
una centuria taimada  
me envió con la misión  
de abrirme de una tajada  
y derramar por la tierra  
de un lugarcillo, en Granada,  
esta sangre que ahora tiene  
en cada germen su casa.  
Me sacaron a la fuerza

como si no fuese nada;  
me llevaron lejos, lejos,  
como si tuviera ganas  
de recorrer todo el campo  
que a muerte sorda sonaba.  
Me escupieron cosas duras  
de borrachos que en las balas  
tenían mi voz prisionera  
con indecibles palabras.  
Me morí con otros hombres  
que mi niñez contemplaban  
cuajada allí, en el tormento  
de tanta sangre cuajada.  
Por el monte oscuro iba  
el grito de «Arriba España»  
y allí España, boca abajo,  
sangrando por la garganta,  
se moría entre nosotros  
entre el machete y la azada.

★

Ya se van, roncós de risa,  
los falangistas canallas.  
En los zajatos obtusos  
de uno de ellos vi la mancha  
que mi sangre, ayer tan mía,  
en sus pasos se llevaba.  
Yo no lamenté mi muerte:  
lloré lágrimas de escarcha  
al comprender que mi vida  
era un tumulto de nada.  
Tanto romance decir,  
Tanta canción entonada  
para terminar en prosa  
dura, terrible y amarga.  
Para acabar como un ave  
que aprisa pierde sus alas.  
Para hincarme en el calambre  
de una prendida crisalida.  
Un rojo clamor de sangres  
tenía la vía láctea.  
Y una estela de estertores  
bajó a las verdes barandas  
que la luna, siempre luna,  
dio al verano de Granada.  
Amarga sombra corrió  
el reguero de mis lágrimas  
cuando el confín de mi muerte  
grillos de pena asaltaban.

ABARRATEGUI

## Bajo el signo de ESTUDIO y RECREO

Objetivos, obstáculos y medios, Subirats ..	6 00	¿Qué es el arte? Tolstoi ..	2 50
Obras, de Inés de la Cruz ..	3 50	¿Qué es el humanitarismo?, Relgis ..	2 00
Odisea ..	3 00	¿Qué es la anarquía?, Fabbri ..	0 50
Oliverio, Dickens ..	7 00	Quinet, Alaiz ..	5 00
Olmo del paseo ..	2 00	Racismo ..	3 50
Omnibús perdido, Steinbeck ..	6 00	Rafael, Lamartine ..	3 00
Ombu ..	2 00	Raúl Carballeira ..	2 00
Oñate a la granja ..	2 50	Rayo verde, Verne ..	2 00
Origen de la familia, de la propiedad y del Estado ..	3 75	Rastrojo (el), Berón ..	3 50
Origen, esencia y fin de la sociedad de clases ..	2 00	Rafael Barret (obras completas) ..	22 00
Orientación anarquista ..	1 80	Raíces al cielo ..	4 00
Origen del socialismo ..	1 80	Razas cósmicas (las) ..	4 30
Origen de las profesiones ..	0 50	Reconstruir (revista) ..	1 50
Origen de las especies, Rioja ..	0 60	Revolución de Julio (la) ..	2 50
Papel del individuo en la historia, Peejanov ..	2 00	Rey Lear y pequeños poemas ..	3 00
Paralelo 40 ..	15 00	Retrato de Dorian ..	4 50
Patología racional ..	0 50	Religión natural ..	4 50
Pasión de los hombres ..	4 00	Resplandor en el cielo ..	7 00
Perdidos para el amor ..	8 50	Retorno a la Primavera ..	4 00
Pedro Sánchez, Pereda ..	4 00	Regreso de Lady Bund ..	9 00
Petróleo ..	2 00	Revolución cubana (la) ..	2 00
Pirata de amor ..	4 00	Revolución española, Reyes ..	15 00
Pinocho ..	3 00	Revolución social en el siglo XX ..	13 50
Piratas del Halifax ..	4 50	Reformismo, dictadura y federalismo. Estebe ..	0 60
Plagas de langosta, Calpe ..	1 00	Resurrección, Tolstoi ..	3 00
Poesías selectas, G. Prada ..	1 50	Rebelión de las masas, Ortega ..	4 50
Poemas 26, H. Bann ..	0 50	Recuerdos de niñez y mocedad, Unamuno ..	4 50
Mi política en España, Gordón, I tomo ..	20 00	Religión al alcance de todos, 1ª y 2ª parte ..	1 00
Mi política en España, Gordón, II tomo ..	20 00	Revolución a través de los siglos ..	2 00
Mi política en España, Gordón, III tomo ..	20 00	Reflejos, de Monrós ..	10 00
Poesía juglaresca ..	3 00	Revolución y el Estado, García ..	2 50
Pocero Fuchs ..	2 50	Reivindicación de la libertad, Ernestan ..	1 80
Poesía del destierro, Campio ..	2 50	Revolución popular húngara ..	2 00
Pozo de Santa Clara ..	2 00	Revolución de los siglos ..	2 00
Port-Tarascón, Daudet ..	4 50	Reliquia (la), Quieroz ..	2 00
Pragmatismo ..	4 00	Revolución española, Bolloten ..	22 00
Principios del pensamiento correcto ..	7 00	Retrato de Matrimonio, Buck ..	5 00
Procreación prudencial ..	2 50	Revoluciones sociales del siglo XX, Rama ..	2 50
Problemas y cintarazos, Peiró ..	1 50	Reconstrucción de Europa ..	6 00
Problemática de la autoridad de Proudhon ..	12 40	Religión y cuestión social, J. Montseny ..	0 50
Príncipe idiota ..	3 00	Río abajo ..	5 00
Prim, Galdós ..	2 50	Río de fuego ..	5 00
Principios de la moral, Volney ..	0 60	Ricardo, Castelar ..	4 00
Problema sexual ..	0 80	Ríos bajan rojos (los) ..	8 00
Problema de la educación ..	0 60	Robinson Crusoe, Foe ..	4 00
Prosas profanas, Dario ..	4 50	Robin Hood ..	2 00
Príncipe, Maquiavelo ..	4 50	Robespierre ..	8 00
Pueblos de la U. R. S. S. ..	3 50	Romancero de la libertad, Oliván ..	2 50
Pueblo Haitano ..	7 00	Romeo y Julieta ..	4 50
Puentes de Toko Ri ..	3 00	Rojo y Negro, Stendhal ..	4 50
Puchera (la), Pereda ..	4 50	Ronda de la Luna, Carpio ..	2 50
¿Qué es el anarquismo?, Cano Ruiz ..	1 50	Romancero español ..	5 00
		Romances de América (los) ..	2 80
		Romancero gitano ..	4 50

Pedidos a nuestro servicio de librería

M. CELMA, 4, rue Belfort - Toulouse (H.-G.)